Magistrales

2

Globalización, posmodernidad y sobremodernidad

Universidad Autónoma de Baja California

Dr. Felipe Cuamea Velázquez
Rector

Mtro. Ricardo Dagnino Moreno
Secretario general

Dr. Miguel Ángel Martínez Romero
Vicerrector campus Mexicali

Dra. Patricia Moctezuma Hernández
Coordinadora de Posgrado e Investigación

Dr. Luis Arturo Ongay Flores
Director del Instituto de Investigaciones Culturales-Museo

Mtro. César E. Jiménez Yañez
Coordinador Editorial del IIC-Museo

Magistrales

2

Globalización, posmodernidad y sobremodernidad

Conferencias:
Gilberto Giménez
Marc Augé
Néstor García Canclini
Michel Maffesoli

Compilación y estudio introductorio:
Everardo Garduño y Luis Arturo Ongay Flores

Universidad Autónoma de Baja California
Instituto de Investigaciones Culturales-Museo

Globalización, posmodernidad y sobremodernidad/
compilación y estudio introductorio : Everardo Garduño y
Luis Arturo Ongay Flores ; conferencias: Gilberto Giménez, Marc
Auge, Néstor García Canclini, Michel Maffesoli. -- Mexicali,
Baja California : Universidad Autónoma de Baja California,
2013.

116 p. ; 21 cm. -- (Magistrales ; 2)

ISBN: 978-607-7753-76-6 (colección Magistrales)
ISBN: 978-607-607-179-3 (volumen 2)

1. Globalización. 2. Globalización – Aspectos culturales.
3. Globalización – Aspectos Políticos. 4. Globalización
--Aspectos sociales. I. Garduño, Everardo, comp.
II.Ongay Flores, Luis Arturo, comp.III. Giménez, Gilberto.
IV. Auge, Marc. V. García Canclini, Néstor. VI. Maffesoli,
Michel. VII. Universidad Autónoma de Baja California.
VIII. s.

JZ1318 G56 2013

Comité editorial del Instituto de Investigaciones Culturales-Museo
Norma del Carmen Cruz González, Everardo Garduño Ruiz, Maricela González Félix, Aurora Lacavex Berumen, Hugo Méndez Fierros, Lya M. Niño Contreras, Luis Arturo Ongay Flores, Servando Ortoll Estrada, Kenia M. Ramírez Meda, Fernando Vizcarra, Georgina Walther Cuevas

Primera edición: diciembre de 2013

© Universidad Autónoma de Baja California
Instituto de Investigaciones Culturales-Museo
Av. Reforma y calle L s/n. Colonia Nueva, 21100
Mexicali, Baja California, México
Correo electrónico: editorial.iic-museo@uabc.edu.mx
Teléfonos: (686) 554-1977 y 552-57-15

Edición y formación: Gerardo Ávila
Diseño de portada: Rosalba Díaz Galindo

ISBN: 978-607-7753-76-6 (colección Magistrales)
ISBN: 978-607-607-179-3 (volumen 2)

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Índice

Globalización, posmodernidad y sobremodernidad (estudio introductorio) 9
Everardo Garduño
Globalización 10
Posmodernidad 13
Sobremodernidad 17
Globalización, cultura y ciencias sociales 19
Bibliografía 21
Vivir en globalización (estudio introductorio) 23
Luis Arturo Ongay Flores
Para Giménez, el cambio 24
Para Augé, el cambio del espacio social 29
Para García Canclini, la cultura como problema de la globalización 33
Para Mafesoli, la posmodernidad naciente 36
Bibliografía 38
Debates sociológicos sobre el cambio global 39
Gilberto Giménez
El concepto de cambio 39
Teorías evolucionistas del cambio 40
La teoría de los sistemas mundiales 41
La globalización en escena 42
Las dimensiones de la globalización 44
Interpenetración de las escalas 48
Historicidad y carácter desigual y polarizado de la globalización 50
El debate contemporáneo sobre la globalización 52
Algunas consideraciones críticas 55
Líneas de investigación 57
Bibliografía 61

Los no lugares empíricos 67
Marc Augé
La urbanización 71
La noción de frontera 73
La arquitectura 74
La frontera entre el interior y el exterior;
entre el aquí y el afuera 76
Conclusión 78
El futuro de la cultura visto desde las investigaciones sobre los jóvenes 83
Néstor García Canclini
El reencantamiento del mundo 101
Michel Maffesoli 101

Globalización, posmodernidad y sobremodernidad (estudio introductorio)

Everardo Garduño

El siglo XXI arribó siendo testigo de una serie de cambios importantes. Vistos desde las dimensiones económica y política, estos cambios definen lo que convencionalmente se ha denominado *globalización*. Sin embargo, vistos desde la dimensión sociocultural, estos cambios definen una era que ha sido caracterizada como *posmodernidad* o *sobremodernidad*. En todo caso, *globalización, posmodernidad o sobremodernidad* son conceptos que denotan un conjunto de transformaciones en la forma de entender el Estado-nación y sus fronteras, el desarrollo económico y tecnológico, las interacciones sociales, la distintas formas socioterritoriales, la cultura y la identidad con todas sus implicaciones sobre el individuo, el cuerpo, la afectividad y la diada inclusión-exclusión, transformaciones todas ellas que plantean a las ciencias sociales la necesidad de nuevas elaboraciones sobre lo que debemos aprender, hoy día, sobre los actores sociales emergentes y el sentido que cobra la resistencia de los jóvenes frente a un mundo cada vez menos lineal pero más incierto; más interconectado pero no menos desigual; con mayor educación formal pero igualmente pauperizado; un mundo que ha visto entrar a la tecnología del *mañana* en la intimidad del hogar, pero no con ello ha visto llegar una mayor certeza en el futuro; con fronteras más porosas o flexibles pero con demarcaciones y prohibiciones que proliferan regulando los desplazamientos; ciertamente un mundo más desterritorializado

y reterritorializado, pero también con Estados-nación que se abrogan el derecho a controlar más allá de su propio territorio.

En este libro se proponen cuatro de estas necesarias elaboraciones. Se trata de las disertaciones de dos sociólogos, Gilberto Giménez y Michel Maffesoli, y dos antropólogos, Marc Augé y Néstor García Canclini. Estas son una serie de conferencias presentadas en el hoy Instituto de Investigaciones Culturales-Museo entre los años de 2007 y 2009. En ellas podemos encontrar advertencias claras sobre cómo dichos eventos han producido: *1)* cambios en la perspectiva sobre la noción de territorio, *2)* la emergencia de los jóvenes como nuevos actores del cambio sociocultural, *3)* un cambio cualitativo en los valores prevalentes, y *4)* nuevos contextos para las ciencias sociales. En estas reflexiones, sin embargo, no advertimos necesariamente un mismo enfoque ni un total acuerdo en sus caracterizaciones sobre los nuevos procesos. En este estudio introductorio presentamos algunas de la líneas argumentales de cada uno de los autores, la cuales entretejen un diálogo y a veces un debate que se enriquece aunque también se confronta con las voces de otros especialistas.

Globalización

David Held y A. McGrew (2003:13) afirman que el concepto globalización simplemente "designa la escala ampliada, la magnitud creciente, la aceleración y la profundización del impacto de los flujos y patrones transcontinentales de interacción social". En este sentido –continúan diciendo estos autores– "la globalización remite a un cambio o transformación en la escala de la organización humana que enlaza comunidades distantes y expande el alcance de las relaciones de poder a través de regiones y continentes en todo el mundo" (ibídem). En este sentido, como lo argumenta Gilberto Giménez, la globalización es un concepto acuñado y empleado profusamente en las últimas dos décadas, vinculado a la expansión de espacios financieros y zonas libres, pero, como

fenómeno económico, la globalización es muy antigua; sobre esto, Giménez nos recuerda cómo en Immanuel Wallerstein podemos rastrear el origen de este fenómeno hacia el surgimiento del capitalismo en 1450. De hecho, en uno de sus trabajos, Wallernstein (2005:3) se reconoce a sí mismo como precursor de este concepto:

> Quienes proponemos el análisis de sistemas-mundo [...] venimos hablando acerca de la globalización desde mucho antes de que el término fuera inventado (no, empero, como de algo nuevo sino como de algo que había sido un elemento básico para el sistema-mundo moderno desde que éste comenzara en el siglo XVI). [Incluso] Hemos argumentado que la realidad social en que vivimos y determina cuáles son nuestras opciones, no ha sido la de los múltiples estados nacionales de los que somos ciudadanos sino algo mayor, que hemos llamado sistema-mundo. Hemos dicho que este sistema-mundo ha contado con muchas instituciones –estados y sistemas interestatales, compañías de producción, marcas, clases, grupos de identificación de todo tipo– y que estas instituciones forman una matriz que permite al sistema operar, pero al mismo tiempo estimula tanto los conflictos como las contradicciones que calan en el sistema. Hemos argumentado que este sistema es una creación social, con una historia, con orígenes que deben ser explicados, mecanismos presentes que deben ser delineados y cuya inevitable crisis terminal necesita ser advertida.

De igual manera, Held y McGrew (2003) señalan que aunque el término globalización ha adquirido la condición de cliché popular, el concepto en sí mismo no es nuevo. Sus orígenes se remontan al trabajo de muchos intelectuales del siglo XIX y principios del XX, desde Karl Marx y sociólogos como Saint Simon, hasta especialistas en geopolítica como MacKinder, los cuales reconocieron, en su momento, que la modernidad estaba integrando tendencialmente al mundo.

Más aún, Giménez aquí señala que a pesar de sus antiguos orígenes en lo económico, la globalización tiene implicaciones en las dimensiones política y cultural. En lo político, ésta se relaciona con el agotamiento del Estado-nación de la era moderna, el cual funcionaba como mecanismo diferenciador entre el *nosotros* nacional y el *ellos* distante, así como aparato de control y protección en un ámbito de soberanía más o menos determinado. Respecto de lo primero, Kearney afirma que dicho agotamiento tiene que ver con el desdibujamiento o reordenamiento de las distinciones binarias. Sobre lo segundo, este autor nos dice que pese a la esencia expansionista que el Estado-nación tuvo en su origen, lo que observamos hoy día es un virtual desbordamiento del Estado-nación a través de organizaciones supranacionales.

En lo cultural, Giménez y Augé señalan que este fenómeno se vincula con la difusión mundial de productos culturales generados por corporaciones mediáticas principalmente de Estados Unidos. En opinión de Giménez, esto ha venido a dar centralidad a la infraestructura tecnológica en el proceso de globalización, situando como características propias de este fenómeno la interconexión e interdependencia, la supresión o reducción de las distancias, la aceleración y la flexibilización de los sistemas de producción y consumo, la supraterritorialidad y desterritorialización. En síntesis, la característica básica de la globalización es la proliferación de las redes. Peggy Levitt y Nina Glick (2004) documentan este fenómeno a través del concepto de campo social, el cual refiere un conjunto de múltiples redes de relaciones sociales entrelazadas, a través de las cuales se intercambian de manera desigual, se organizan y se transforman las ideas, las prácticas y los recursos. En opinión de estas autoras, las fronteras del campo social no corresponden necesariamente con las fronteras del Estado-nación.

Para Augé, estas características de la globalización se han materializado en espacios urbanos en donde prevalecen la virtualidad, la desterritorialización y, sobre todo, la generalizada ilusión

sobre el debilitamiento de las fronteras. Estos espacios urbanos son las megalópolis resultado del inusitado avance del proceso de industrialización, en donde se exporta e importa gente y el desarrollo es medido a través de la infraestructura urbanística. Se trata, como dice Giménez, de la llamada ciudad global que Saskia Sassen definiera como parte de una nueva geografía de la centralidad y marginalidad. Para Sassen (1998:38), más que por el desarrollo de la industria, estas ciudades globales se caracterizan por la intensidad de las interacciones en los mercados financieros, el comercio de servicios y las magnitudes de la inversión, así como por la agudización de la desigualdad en la concentración de recursos estratégicos.

Aún más, la dimensión sociocultural de la globalización implica otros aspectos además de la difusión mundial de productos culturales generados por corporaciones mediáticas y la proliferación del fenómeno de desterritorialización y el surgimiento de ciudades globales. Como veremos en seguida, esto tiene que ver con la emergencia de nuevos actores sociales; la desestructuración de las formas de aprendizaje y de lo que necesitamos aprender; el surgimiento de nuevas paradojas entre lo individual y lo público, entre inclusión y exclusión, y la definición de nuevos valores marcados por el presentismo y la corporeización. Para algunos autores, como Néstor García Canclini y Michel Maffesoli, en la dimensión sociocultural presente, estos fenómenos definen una era posterior a la modernidad y, en este sentido, debemos denominarla posmodernidad.

Posmodernidad

En el trabajo presentado en este libro, Néstor García Canclini considera que las nuevas tecnologías de la comunicación y la información no sólo han cambiado la forma de percibir y construir la noción de territorio, sino que además han transformado la relación entre lo que sabemos y lo nuevo que necesitamos aprender.

Para este autor, evidencia de este desfase puede encontrarse en la *Encuesta nacional de la lectura* en 2007(citada en su conferencia), en la cual se registró que 60% de la muestra había leído solamente 2.9 libros en un año, muy pocas revistas y, en general, escasas lecturas en papel; sin embargo, aun cuando esta misma encuesta registró una creciente presencia de computadoras en posesión de jóvenes, no incluyó ninguna pregunta sobre hábitos de lectura en Internet, partiendo del supuesto de que la lectura en medios electrónicos y digitales no es lectura. Por ello, desde el punto de vista de Canclini, este tipo de transformaciones han colocado a los jóvenes como a sus principales actores, de tal forma que si queremos saber hacia dónde se orienta el mundo con estos cambios, es necesario voltear la mirada hacia ellos.

Y en efecto, volteando la mirada hacia los jóvenes, estos cuatro intelectuales han encontrado un cambio cualitativo en los valores prevalentes. Uno de estos es la paradoja que encierra la develación de la vida privada, haciéndola más pública, mientras avanza una marcada tendencia a la individuación. Para Marc Augé, este fenómeno marca el enroque entre Hestia, diosa del centro del hogar, y Hermes, dios que ocupa el umbral de una puerta orientada hacia el exterior del hogar. Con la ocupación del sitio de Hestia por parte de Hermes, Augé ilustra cómo el televisor y la computadora, así como la proliferación de los celulares y las cámaras, han venido a ocupar un lugar en el centro de lo más íntimo del hogar, desplazando al individuo de sí mismo y manteniéndolo en contacto permanente con el exterior. No obstante, como lo señala este antropólogo, estos mismos implementos electrónicos permiten al individuo construirse un ambiente intelectual, musical o visual, independiente de su entorno inmediato.

De manera similar, Canclini señala cómo estos artefactos electrónicos han desplazado el universo cultural de los adolescentes y jóvenes de los sectores medios y altos, del comedor o la sala a la habitación personal. Con esto, ciertamente se ha incrementado el flujo de información y las interacciones sociales, pero, paradó-

jicamente, esto no ha correspondido con una mayor integración social de los jóvenes. No obstante, para Canclini, esta ausencia de integración social, además de ser resultado de la exclusión estructural y la desigualdad, posee motivaciones subjetivas y, en cierto sentido, es también una autoexclusión. Es evidente –nos dice este autor– que este segmento no busca integrarse a través de los canales formales de la sociedad sino en otras redes, y que lejos de percibir su exclusión como algo negativo, parece asumirla como un acto de lucidez y realismo social. Al respecto, este antropólogo argumenta que a diferencia de la forma en que era visto el binomio inclusión/exclusión en la era de la primera modernidad (Ulrich Beck), en la actualidad éste no posee una connotación positiva/negativa. Por el contrario, los jóvenes no pretenden ser incluidos y reclaman la aceptación de las diferencias: no ser incluido en una sociedad incapaz de reconocer que hay muchas formas de ser joven, de ser mexicano, muchas maneras de pertenecer.

Más aún, en este libro, Canclini coincide con Maffesoli en el sentido de que los procesos anteriormente descritos han dado lugar a una nueva cultura afectiva y a un generalizado *presentismo*. Por una parte, algunos jóvenes prefieren ejercer su mayor capacidad de decisión en lo privado, replegándose en lo microsocial o lo íntimo, aunque sus afectos tienen la posibilidad de manifestarse a través de usos más libres y mejor informados. Con esto, la sexualidad se independiza de los afectos, a la vez que se visibiliza, se diversifica, y ambos se sitúan cada vez más desligados de las instituciones tradicionales. Por otra parte, la relación entre pasado, presente y futuro para los jóvenes, actualmente es distinta de la que se vivió en la cultura de la modernidad, la cual, según Canclini, era más o menos evolutiva: de lo campesino a lo industrial; de lo rural a lo urbano; la búsqueda de la emancipación a través del avance científico y la educación generalizada, y la democratización política a través de la participación social. Ahora, más que nunca, sabemos que los jóvenes, más que el futuro, constituyen el presente: ellos son, hoy día, los mayores consumidores

de música, los gerentes de industrias, los más desempleados en el sector formal y empleados en el sector informal, las víctimas de muertes violentas, los soldados, los sicarios, etcétera. De esta forma, como para los jóvenes el futuro es tan incierto, es mejor para ellos vivir al día. Y es aquí donde el análisis de Canclini se intersecta con la idea de Maffesoli sobre *el reencantamiento del mundo*: la transición de la racionalidad, el trabajo y la utilidad del siglo XVII (*el desencantamiento del mundo*),[1] hacia el agrandamiento de la incertidumbre de lo que divide al ser individual del ser colectivo, el *presentismo*, la dimensión emocional de la existencia, que dan lugar a la creatividad, la corporeización y la estetización como las grandes marcas de la posmodernidad.

Para el autor francés, la posmodernidad es esencialmente decadencia de valores, lo cual a su vez significa el renacimiento de nuevas ideas. Así, de acuerdo con Maffesoli, en la posmodernidad la creatividad se erige frente a la idea de valor-trabajo, el cuerpo-social frente al racionalismo, y la estetización de la existencia frente a la idea de lo útil. De esta manera, al igual que Hermes desplaza a Hestia en la metáfora de Augé, para Maffesoli, el rey oficioso desplaza al rey oficial y ejecuta lo que Nietzsche denomina la transformación de los actos cotidianos en obras de arte (presentismo), la metamorfosis del cuerpo-individual en cuerpo-público, y utiliza para ello la moda, la dietética y el *fitness*, los cuales, a su vez, desplazan la noción instrumental de cuerpo por una noción estetizada. En este sentido, este sociólogo habla del retorno del lujo, asumido como lo inútil.

Sin negar la existencia de todos estos fenómenos, en este trabajo, Augé considera que éstos, más que marcar el surgimiento de una nueva era con nuevos valores y dinámicas, constituyen la radicalización o aceleración de aquéllos vinculados a la modernidad. En este sentido, este antropólogo sugiere que en lugar de posmodernidad debemos hablar de sobremodernidad.

[1]Para mayor información sobre este tema, consultar el trabajo de Michel Maffesoli (2009), *El reencantamiento del mundo: Una ética para nuestro tiempo.*

Sobremodernidad

Para Marc Augé, el análisis de las transformaciones ligadas a la globalización no debe dejar de lado la dimensión política. De acuerdo con este antropólogo, es allí en donde podemos encontrar tanto el origen de estas transformaciones como las formas específicas de resistir a ellas. Es desde allí de donde podemos constatar que el fenómeno de desterritorialización es propulsado por la reterritorialización del centro, y que existen culturas particulares que rechazan este fenómeno.

Más aún, para Augé, estas transformaciones no necesariamente representan un cambio sustancial en los valores de la modernidad, como lo sugieren Maffesoli y Canclini. En su opinión, "la situación sobremoderna amplía y diversifica el movimiento de la modernidad; es signo de una lógica del exceso" y se caracteriza por una multiplicación, una aceleración de los factores constitutivos de la modernidad, lo que da por resultado el exceso de información, imágenes e individualismo. En esencia, nos dice: "sufrimos de un exceso de modernidad".

Para entender el argumento de Augé convendría echar mano de otro trabajo de su autoría que no está incluido en esta publicación: *Sobremodernidad. Del mundo de hoy al mundo de mañana* (2007). En ese artículo, el autor critica la llamada antropología posmoderna por asumir simplemente que "el mundo es diverso y no hay más que decir"; que ésta es prueba irrefutable de la prevalencia de una "polifonía cultural", que echa por tierra aquella vieja idea de que la globalización nos conduciría a la homogeneización mundial. Augé argumenta que este enfoque deja de lado la existencia de manipulaciones políticas y las violencias integristas, que constituyen, a su manera, un rechazo de lo que los posmodernos consideran *la inevitable existencia de la aldea global y su liberalismo económico*.

En todo esto –nos dice este autor– es central la velocidad de los medios de transporte y el desarrollo de las tecnologías de la

comunicación. Esto hace que la circulación se intensifique, pero no con ello se incrementa la sociabilidad; esto hace que nos dé la sensación de que todo en el planeta se encoge, pero no con ello desaparecen las fronteras.

Sobre lo primero, Augé argumenta que el espacio social era un conjunto de lugares de encuentro e intercambio. Este es el caso de los espacios de culto, residencia e historia colectiva a los cuales denomina *lugares antropológicos*. Sin embargo –afirma–, con la aceleración del mundo se multiplican los espacios de circulación, consumo y comunicación, en los cuales decrece el grado de sociabilidad. Esto es a lo que Augé denomina aquí los *no-lugares* empíricos.

Por otra parte, este antropólogo revela como la revolución en las tecnologías de comunicación nos permite construir la idea de un mundo sin fronteras, incluso sin aquellas que dividían el campo de la ciudad. Esta es, en su opinión, la ideología del presente: la concepción de una sociedad transparente y armónica que no existe, en tanto que lo que revela la llamada ciudad-mundo es la proliferación de barrios y guetos, pobreza y subdesarrollo, *gated communities* (privadas), códigos de acceso, tarjetas de crédito y *passwords*, que contravienen a la ciudad ilusoria sin barreras y dejan al descubierto el mundo global de discontinuidad y prohibiciones. Sin lugar a dudas, nos dice Augé, estos contrastes subvierten la ilusión de la globalización como un mundo sin fronteras.

Cercano a este planteamiento, Giménez revela también que la globalización no implica una dinámica única, homogénea y lineal. Esto supone –afirma este sociólogo– que la globalización se sustenta en una dinámica excluyente, que genera ganadores y perdedores. Es un hecho –nos dice este autor– que en la actualidad no todos estamos interconectados, que la mayoría sigue siendo lenta y territorializada y sólo una pequeña porción forma parte de la *network society*: en 2002, sólo 10% tenía Internet en el mundo, 32% en Europa, 6% en América Latina y 2% en África, y sólo 40% tenía electricidad.

Más aún, al igual que Augé, Giménez señala que si bien es cierto que en la actualidad la cultura está montada en las tecnologías de la información y comunicación, éstas traen la copresencia de las culturas particulares no de manera estática sino en interacción permanente (interculturalismo), y no de manera pasiva sino activa:

1. Frente a la homogenización estas culturas ofrecen resistencia.
2. Frente a la hibridación ofrecen demarcación fundamentalista.
3. Frente a la adicción al consumismo colocan la recepción diferenciada y resignificada.
4. Frente a las actitudes cosmopolitas colocan el neolocalismo y el nacionalismo.

Por último, para Néstor García Canclini, los agentes concretos de esta resistencia, más que las culturas particulares, nacionalismos o fundamentalismos localistas –como afirman Augé y Giménez–, son los jóvenes. En este sentido, para este antropólogo, debemos reconocer que si bien los jóvenes son víctimas de la globalización, también son agentes de resistencia. Los jóvenes, más que nadie, afirma Néstor García, son víctimas de la desigualdad, la discriminación, la inseguridad, la violencia social, el estrechamiento de los mercados laborales, la incapacidad del sistema escolar para comprender las culturas juveniles y, en síntesis, son destinatarios preferentes del dolor social. Sin embargo, al mismo tiempo, algunos sectores y pequeños grupos de este segmento de la sociedad poseen una gran capacidad de resistencia. En ese sentido –concluye este antropólogo–, los jóvenes juegan un doble protagonismo: el ser reproductores y a la vez desintegradores de lo social.

Globalización, cultura y ciencias sociales

Finalmente, si bien los autores compilados en este libro observan claros matices e incluso diferencias entre ellos, hay una reflexión que une a por lo menos tres de ellos: el impacto de la globalización en la redefinición de teorías, conceptos, métodos y objetos

de estudio de las ciencias sociales. Por ejemplo, Néstor García Canclini señala el giro semiótico que han tenido las ciencias sociales, en tanto que Marc Augé y Gilberto Giménez destacan el abandono de la idea de culturas particulares y su reemplazo por la idea de culturas en red.

De esta manera, García Canclini nos dice que a partir de los ochenta se empezó a trabajar con una noción de cultura que consistía en considerarla como la dimensión de la vida social que tiene que ver con la significación, es decir, una noción de cultura que implica un conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación de cada sociedad.

Por su parte, Giménez nos explica cómo el concepto de globalización con énfasis en las redes, las interacciones e interconexiones hemisféricas ha determinado la prevalencia de un enfoque mediático de la cultura. En la opinión de este sociólogo, el indiscriminado uso de conceptos tales como los de aldea global, imperialismo cultural o *macdonalización* del mundo dejan de lado la persistencia de culturas particulares. Desde esa perspectiva, afirma Giménez, se considera solamente una cultura, la que circula a través de los medios masivos de comunicación.

De igual forma, Auge señala que la antropología cultural ha dejado de trabajar con la noción de rasgo cultural específico y singular, presuponiendo que no es posible explicar una cultura sin la otra, en tanto que el éxito de cualquiera radica en su pertenencia a la red mundial. En este sentido, Giménez explica por qué entre las líneas de investigación más desarrolladas se encuentran las siguientes: el estudio de la red de ciudades mundiales, la polarización urbana, la informalidad, el multiculturalismo urbano, la interacción entre flujos culturales mediáticos y las culturas particulares, la gobernanza local o transnacionalización de la política, y la sociología de los espacios digitales globales. Falta por llevar a cabo –si se reconoce el desigual desarrollo de la globalización, la antigua y nueva inequidad social, y los procesos de resistencia de los actores locales– estudios sobre la

incipiente desnacionalización de instituciones nacionales, las ciudades mundiales, las migraciones internacionales más allá de los factores de expulsión-atracción, las nuevas clases gobernantes surgidas de la proliferación de redes transnacionales, las redes diaspóricas de comunidades transnacionales de inmigrantes, la nueva clase emergente de trabajadores desfavorecidos por el sistema, el activismo electrónico y la subeconomía interconectada.

Ahora bien, hay que reconocer –nos dice este sociólogo– que el énfasis en las redes, las interacciones e interconexiones hemisféricas que sugiere el concepto globalización ha permitido cuestionar dos supuestos de la sociología clásica: *1)* que el Estado-nación es el contenedor exclusivo de los procesos sociales, y *2)* que todo lo que está dentro del territorio nacional es nacional. En mi opinión, llevar a cabo esta agenda pendiente en las ciencias sociales supone un ejercicio de multidisciplina e interdisciplina verdaderamente eficiente, ya que, como lo afirma Wallerstein (2005:3), "los compartimientos estancos de análisis –lo que en las universidades se denomina disciplinas– son un obstáculo y no una ayuda en la comprensión del mundo".

Bibliografía

Augé, Marc (2007). "Sobremodernidad. Del mundo de hoy al mundo de mañana", *Contrastes*, núm. 47.

Held, David y Anthony McGrew (2003). *Globalización, antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*. Barcelona: Paidós.

Levitt, Peggy y Nina Glick Schiller (2004). "Perspectivas internacionales sobre migración: Conceptualizar la simultaneidad". *Migración y desarrollo*, núm. 3, segundo trimestre, pp. 60-91, en <http://rimd.reduaz.mx/revista/rev3/6.pdf>, consultado el 6 de junio de 2012.

Maffesoli, Michel (2009). *El reencantamiento del mundo: Una ética para nuestro tiempo*. Dedalus Editores: Buenos Aires.

Sassen, Saskia (1998). "Ciudades en la economía global: Enfoques teóricos y metodológicos". *Eure. Revista latinoamericana de estudios urbano regionales*, vol. 24, núm. 071, marzo.

Wallerstein, Immanuel (2005). *Análisis de sistemas-mundo*. México: Siglo XXI Editores.

Vivir en globalización (estudio introductorio)

Luis Arturo Ongay Flores

"Ha nacido una nueva modernidad:
coincide con la civilización del deseo
que se construyó durante la segunda mitad
del siglo xx" (Lipovetsky, 2007:7)

¿Qué es vivir en globalización? ¿Cuáles son las consecuencias de habitar la posmodernidad? ¿Cómo poder entender la sobremodernidad? Son ya más de 30 años de que la globalización (el concepto y la cosa) ocupa muchas páginas de la producción académica en el mundo. Ya sea desde la sociología, la antropología, la economía, la historia o la ciencia política, durante todo este tiempo hemos leído, escuchado e interpretado numerosas versiones del concepto y del fenómeno.

A la par del crecimiento de la globalización como discurso académico, distintos autores (Bauman, Beck, Lipovestsky, Augé y Mafesoli, entre otros) han dado cuenta de las transformaciones de nuestro mundo desde la segunda mitad del siglo pasado. Con distintos enfoques y miradas diversas se ha hablado de nuestro tiempo como posmodernidad (Mafesoli, 2004), modernidad líquida (Bauman, 2002) y sobremodernidad (Augé, 2000), en todos los casos, tratando de explicar el cambio en la permanencia e incluso prospectando lo que será nuestro siglo.

Este libro reúne cuatro de las miradas más influyentes de nuestra época sobre la problemática arriba planteada, y el presente texto busca introducir al lector en las diversas respuestas que encontrará en su lectura.

Para Giménez, el cambio

El cambio hace referencia a modificaciones, transformaciones y rupturas dentro de una estructura establecida previamente. Cuando se habla de globalización se refiere precisamente a una condición de cambio, una transformación que opera en diferentes niveles, desde los hábitos cotidianos de un grupo de personas hasta cambios estructurales dentro de un sistema económico y político. Según el grupo que los vea, llámense tradicionalistas, globalistas o transformacionalistas, se tiende a satanizar o a vanagloriar los acontecimientos sociales o culturales que desencadenan la globalización.

Pero, ¿de qué se trata la globalización? No se puede minimizar un fenómeno tan complejo a una mutación o transformación de características locales ahora con implicaciones globales. Y no se puede simplificar de tal manera porque, desde una mirada sociológica, el proceso de la globalización es consecuencia de la evolución social, una búsqueda del ser humano del progreso de las comunidades en sistemas de organización que prevean el desarrollo de estructuras sociales sólidas que permitan la satisfacción de necesidades individuales y comunitarias en términos de acumulación de materia (alimento, tierras, bienes, riqueza).

Pero quedarse en este punto continúa siendo una minimización, porque la complejidad de este fenómeno reside en las interconexiones que existen no sólo en los ámbitos económico y político que lleva consigo la globalización, sino también en términos culturales y desarrollo de comunidades particulares que se visibilizan en este momento e interactúan o no dentro de la gran sociedad red que caracteriza a este fenómeno. Hasta aquí, tres cosas a tener en cuenta sobre qué lleva consigo la globalización para Giménez: complejidad, interconexión y visibilización social.

En la evolución social de los seres humanos, diferentes sistemas organizativos han operado para darle estructura a las sociedades. El sistema por el que se rige actualmente la humanidad,

de manera general, es el sistema-mundo capitalista. El concepto sistema-mundo viene de Immanuel Wallerstein, quien visualizó el sistema estructural de la sociedad, a través del tiempo, como una interconexión entre el pasado y el presente, es decir, una visión evolutiva de la sociedad en la que los grupos del presente guardan una interrelación con los del pasado desde una organización jerárquica. En el caso actual, el sistema-mundo capitalista responde a esta lógica organizativa desde un modelo concéntrico, en el que su centro está liderado por sociedades económica y políticamente desarrolladas, seguidas por sociedades menos poderosas, pero con desarrollo suficiente para ser explotadas por las más poderosas y, a su vez, poder explotar a las sociedades que se encuentran en el círculo más amplio y alejado del centro: la periferia. Estas últimas son sociedades subordinadas y carecen del desarrollo político y económico del que gozan las del centro. Su cualidad se concreta en tener la mano de obra barata y las materias primas necesarias para que las sociedades desarrolladas satisfagan sus necesidades de acumulación de materia.

En forma sintética, de eso se tratan los sistemas de organización social que han operado en el desarrollo de la humanidad; lo que cambia es el tipo de necesidades materiales por cubrir a través del tiempo. Estos sistemas organizativos no sólo reflejan los cambios económicos en las sociedades –sin desconocer que es una condición importante para el proceso del desarrollo social– sino también los desarrollos culturales que se manifiestan a la par con lo político y lo económico, y que dan cuenta de las costumbres de las sociedades y los cambios y adaptaciones que éstas tienen al relacionarse con la naturaleza y transformarla para su beneficio.

Entonces, para Giménez, lo que se denomina propiamente como globalización hace referencia a una sociedad red, un momento histórico de la capacidad humana en la que los seres vivos han podido transformar las materias primas en una infraestructura global que en tiempo real ha permitido el contacto con sociedades que están a distancias lejanas unas de otras. Esa

innovación en la infraestructura está dada por nuevas tecnologías de información de alta velocidad, que suprimen o reducen distancias y, en consecuencia, las sociedades han cambiado política, económica y culturalmente, porque se puede ver e interactuar con otras sociedades y esa visibilidad genera cambios en la estructura organizativa previamente concebida, que desencadenan nuevas relaciones de poder.

Muchas sociedades generan otro dinamismo; por ejemplo, aceleran sus ritmos de vida porque están en contacto con nuevas tecnologías de información como el Internet, las comunicaciones telefónicas y el transporte aéreo intercontinental. El tiempo y el espacio dejan de ser limitantes para comunicarse no sólo en nivel personal, sino también en los ámbitos económico y político; por ejemplo, hay presencia de diferentes multinacionales en todos los países; los contratos laborales ya no requieren una oficina de base sino un computador y un horario flexible para desempeñar diferentes labores desde la casa o desde una zona vacacional con acceso a Internet; la presencia personal en determinado espacio físico ya no es necesaria; se piensa más en una presencia en red a través de las nuevas tecnologías de información, indiferente al espacio físico que se escoja.

Estos ejemplos, aunque importantes, siguen siendo un tanto simplistas de la complejidad de la globalización a través de las recientes innovaciones de los aparatos de comunicación. Y son simplistas porque si bien se advierten cambios en la estructura de un sistema económico con implicaciones políticas y culturales, hay que reconocer que en esta aceleración de los ritmos de vida de algunas sociedades también existe una polarización entre dos mundos. No todas las sociedades entran en la dinámica de la aceleración; siguen existiendo zonas rurales, barrios marginados dentro de las mismas ciudades y países que no tienen acceso a todas estas nuevas tecnologías, que marcan la flexibilización del tiempo y alteran el espacio. Y en este mismo sentido, entre las culturas que se ven, se reconocen e interactúan entre sí no se dan

los mismos desarrollos socioculturales, lo que desde la comunicación de masas se intentó ver como la homogeneización de las sociedades por el consumo masivo de los mismos contenidos.

De ahí que el asunto de la globalización sea complejo y pluridimensional porque parecía tratarse de una transformación de los medios de comunicación en busca de una homogeneización cultural y un beneficio económico del sistema-mundo capitalista, lo cual es parte del asunto a tratar, pero presenta diferentes niveles de análisis porque tiene implicaciones en toda la estructura organizativa de las sociedades modernas y lleva a las diferentes ciencias a reflexionar sobre los cambios del comportamiento en los ámbitos económico, político y cultural, desencadenados por las transformaciones de los aparatos de comunicación utilizados por los seres humanos.

En lo económico, por ejemplo, se expanden los mercados, se fusionan empresas locales, llegan compañías internacionales a conquistar nuevos mercados, hay libre comercio entre países y se genera un intercambio global de bienes y servicios, hechos que implican cambios en las contrataciones laborales, el tipo de empleados que se requieren, los recursos físicos que se necesitan y el desplazamiento en tiempo y espacio que garantiza el dinamismo y la expansión del mercado. Estas necesidades son flexibles en cuanto a tiempos y espacios físicos de concentración, utilizando la telefonía móvil y la comunicación por red para conectar los diferentes nodos del mercado puestos en diversas partes del mundo.

En lo cultural se popularizan los contenidos de medios masivos a través de la generación de un lenguaje visual, sonoro, discursivo y estético cada vez más estandarizado, en busca de la homogeneización del público y la necesidad de llegar a más gente con el mismo mensaje. Pero en ese contexto de la homogeneización se invisibilizan los grupos particulares, aquellos que no están dentro de los estándares propuestos por la comunicación de masas y que se manifiestan y recuperan, en términos de análisis

social, para dar cuenta de la complejidad que encierra hablar de procesos de globalización reconociendo las particularidades.

Un tercer ámbito importante en la reflexión científica de la globalización está relacionado con la política y las implicaciones en estructura que tiene la interconectividad global. Es por esto que el Estado-nación adquiere sentido en los estudios científicos porque, como estructura organizativa de las sociedades modernas, es el eje central de la estructura social que se ve afectado por los nuevos aparatos tecnológicos de información y comunicación, los cuales generan la facilidad del desplazamiento humano y comercial entre naciones y continentes, lo que implica una redefinición de la autonomía y soberanía de los Estados-naciones que ya no sólo tiene que ver con decisiones en el interior de cada país, sino que requiere la participación intergubernamental para pensar en un orden social acorde con las transformaciones que las nuevas tecnologías de comunicación e información permiten desplegar.

En este sentido, el concepto poder entra a operar en la reconfiguración del Estado-nación porque, siendo el Estado una estructura moderna, soberana y en la que recae la configuración geoespacial, cultural, política, social y económica de una nación, las incursiones de diferentes organismos internacionales, tanto gubernamentales como no gubernamentales, permean la soberanía del Estado y obligan a todas las instancias sociales (científicas, políticas, económicas, gubernamentales) a pensar en la complejidad de las interconexiones mundiales y sus implicaciones en materia del poder ejercido para tomar decisiones en un Estado-nación.

Por estas razones, la globalización no se puede polarizar a un nuevo orden global con reglas que determinan qué debe hacer un Estado-nación y en el que se identifican dos escenarios: el de la dominación del otro, por un lado, y el de la libertad de consumo, por el otro. Esto según la visión del grupo globalista. Y tampoco se puede considerar como un mito, que es la postura de los tradicionalistas. El escenario más sano para entender esta coyuntu-

ra histórica tiene que ver con un análisis desde las dos posturas, como lo plantean los transformacionalistas, un grupo intermedio, que ve un cambio real, significativo, en el que evidentemente hay un proceso de dinámica social con implicaciones culturales, políticas y económicas a la luz de las nuevas tecnologías de información y comunicación. Si bien hay libertad de consumo, homogeneización de contenidos mediáticos, conquista de mercados internacionales sobre los nacionales, hay también grupos de oposición, mecanismos de resistencia y culturas particulares.

Además, no todas las problemáticas de las sociedades actuales se pueden abordar desde el fenómeno de la globalización. Se sigue en un estado moderno, producto de un modelo capitalista, con desigualdad social, problemas de marginalidad, pobreza extrema y distribución desigual de la riqueza, que no necesariamente se explican por la globalización, de ahí que el Estado-nación sigue siendo importante para pensar la sociedad, y las nuevas tecnologías de la información son una herramienta facilitadora para visibilizar e interconectar problemáticas referentes a los temas anteriormente mencionados.

Para Augé, el cambio del espacio social

Otro aspecto de la globalización que se retoma en este libro es el trabajado por Marc Augé, quien piensa este fenómeno, desde la antropología, como un espacio del lugar y el no lugar. En estos espacios se configuran relaciones de poder mediadas por los nuevos aparatos de información y comunicación en relación con la infraestructura de las ciudades, que se diseñan como parte de un sistema-mundo en el que lo global se opone a lo local y genera desigualdad y exclusión.

Augé habla del lugar como sitio social, con normas de convivencia, preceptos estrictos y lugares de rito y culto social; y lo diferencia de los no lugares porque éstos son espacios de tránsito, efímeros, donde el grado de sociabilidad es menor. Estos no

lugares son propicios del fenómeno global que reconfigura las identidades individuales y colectivas por la extensión de espacios de consumo.

Desde esta perspectiva, el fenómeno de la globalización da pie a nuevas vivencias individuales de los seres humanos que habitan las ciudades, seres que viven singularmente sin importar el espacio físico en el que se encuentran, y se desplazan en el ámbito de la comunicación, el consumo y la circulación, a través de diferentes actividades, entre ellas intelectuales, musicales y visuales. A este tipo de desplazamientos individuales, este autor los denomina los no lugares empíricos. Pero ¿quiénes viven en esos no lugares? Y ¿desde qué panorama se plantean estos espacios?

La globalización trae consigo el desarrollo de las grandes ciudades, megalópolis; urbes con una infraestructura vial y turística que permite el intercambio comercial y la movilidad social en tiempos y espacios diferentes, desafiando las fronteras naturales. En el plano de la conformación social hay una búsqueda que pretende presentar al mundo sin fronteras, un lugar posible de habitar en múltiples formas, y que a través de los medios de comunicación vende la idea de la facilidad de viajar y descubrir nuevos continentes, la posibilidad de consumir a bajos precios en las grandes ciudades y la esperanza de que el libre comercio, desde la visión homogeneizadora de las ciudades, traiga consigo beneficios a los habitantes locales.

Este panorama es parte de la mundialización, que se expresa en dos realidades: por un lado, la globalización como fenómeno de extensión de los espacios de consumo, circulación, comunicación y las redes de comunicación e información y, por el otro, el desarrollo de la conciencia humana sobre las condiciones planetarias, una conciencia que, por una parte, da cuenta sobre el habitar en un mismo planeta, que no se está cuidando y se agota, y, por otra, sobre la gran brecha entre personas pobres y ricas, y las diferencias entre los pobres de los más pobres y los ricos de los más ricos. Estos aspectos señalados por Augé son parte del fe-

nómeno global en el que están implicadas las nuevas tecnologías de información y comunicación, con las cuales el libre comercio se extiende en el mundo y genera lugares homogeneizados, que buscan que todas las ciudades se parezcan y que los mensajes que circulan en la televisión y en el Internet sean realizables a través del consumo.

Augé llama la atención sobre la importancia de las grandes ciudades, concentradas en su capacidad de importar y exportar personas, bienes y servicios, además de su necesidad de contar con una infraestructura vial y de carga que conecte con terminales aéreas para satisfacer las necesidades del mercado comercial y turístico. Y es esta urbanización amplificada que se encuentra en diferentes países –independientemente de que sean desarrollados, subdesarrollados o emergentes– lo que lleva al planteamiento de un mundo global sin fronteras, conectado con el exterior a través de diferentes dimensiones (económicas, políticas, sociales). Augé se refiere concretamente al turismo y la importancia de la televisión y el ordenador en el ámbito doméstico, tres elementos que se relacionan por la conexión entre lo global y lo local.

En el caso de los hogares, las nuevas tecnologías de información y comunicación, transmisoras de los mensajes masivos, posibilitan las vivencias singulares de los individuos. Las personas ya no tienen necesariamente que desplazarse fuera de su casa para ver un concierto en vivo, adquirir un bien o servicio deseado, o acudir a un lugar para ver a otra persona que se encuentra a kilómetros de distancia. Los nuevos equipamientos tecnológicos permiten hacer compras por Internet, efectuar videollamadas en tiempo real y disfrutar de actividades de ocio a través de diferentes clics en la computadora y teniendo acceso a una tarjeta bancaria. Hay una conexión con el mundo sin necesidad de salir de la casa. Los seres se integran al mundo a través de las tecnologías, que les sirven como mediadores sociales.

Lo mismo ocurre con el turismo; se puede planear un viaje a través de la red y llegar al lugar de destino con todo resuelto;

encontrar los atractivos turísticos que se venden por medio de los aparatos de comunicación y disfrutar de un espectáculo del presente, que se muestra como la historia de la localidad, una reinvención de las costumbres locales preparadas como atractivos turísticos para la llegada de los visitantes, que esperan encontrar la comodidad de un viaje de placer y el exotismo de las costumbres locales prometidas por el consumismo.

Con estos ejemplos, Augé llama la atención sobre un mundo global discontinuo y desigual; una construcción de mensajes y espacios con base en lo que él denomina la estética de la distancia, que es la transformación del paisaje para hacer olvidar, a los seres humanos, lo prohibido o lo inalcanzable. Ciudades en el mundo que son discontinuas porque construyen presentes, reinventando tradiciones con el fin de entrar en la sociedad red como espacios turísticos. Ciudades desiguales y excluyentes porque no todos tienen el mismo acceso y las mismas posibilidades económicas para vivir bajo la idea de un mundo globalizado.

Se convierten las ciudades en mundos, con no lugares habitados por la diversidad y la desigualdad al mismo tiempo. Por eso, en una gran metrópoli como Nueva York pueden existir sitios subdesarrollados y de extrema desigualdad, o en un barrio cualquiera de una ciudad latinoamericana puede darse una conexión en red a través de los aparatos de comunicación e información, que median las transformaciones sociales y motivan los desplazamientos humanos en red y las migraciones.

El mundo global es el mundo en red, definido por parámetros espaciales, además de económicos, tecnológicos, científicos y políticos. La educación se construye como utopía porque se evita el cruce de la ciencia y el saber con el poder y la riqueza. La globalidad en red prevalece como ideología y produce efectos de homogeneización y exclusión. Los no lugares son habitados por las personas que conviven en la sociedad red desde sus equipamientos tecnológicos, y en el panorama de un mundo sin fronteras se habla más de ciudades que de países, porque en ellas todo circula,

se encuentra todo en todos los lugares y las culturas se reinventan en función de un mercado al que se busca satisfacer para entrar y destacar en la sociedad red.

Para García Canclini, la cultura como problema de la globalización

¿Cuál es el futuro de la cultura?, es la pregunta que se plantea Néstor García Canclini a través de las reflexiones que le amerita el estudio *Jóvenes mexicanos. Encuesta nacional de juventud 2005.* Y se pregunta por la cultura vista desde la perspectiva de la juventud partiendo de cuestionarse la idea moderna de que los jóvenes son el futuro de la nación y reflexionando sobre el papel de éstos en el presente, un ahora marcado por los procesos de globalización que afectan de manera directa a la juventud, porque hay una transformación de los valores modernos a la luz de los nuevos aparatos tecnológicos de información y comunicación.

En el marco de un mundo globalizado, la dinámica de la cultura se ha visto afectada por la transformación de su significado. Canclini parte de entender la cultura como una dimensión de la vida social; un conjunto de procesos de producción, circulación y consumo de la significación en cada sociedad. En la era global, estos procesos se han transformado de manera acelerada y han desplazado el papel de los procesos locales y nacionales para darle cabida a contenidos de carácter globalizado y, por ende, homogeneizadores. Es el caso, por ejemplo, de los libros y las imágenes que proceden de redes transnacionales; el crecimiento de la interconectividad en diferentes espacios, en tiempo real, desde un ordenador o un teléfono móvil, mal llamado, inteligente; y el consumo de productos industrializados que se popularizan por los medios de comunicación masiva y desplazan el consumo de productos más locales –el caso de la música y el cine.

Ahora bien, lo que se plantea es que la globalización ha generado la transformación en la producción y el acceso a bienes

culturales, lo cual se hace más evidente estudiando los comportamientos de los jóvenes, quienes aparentemente están más conectados con las dinámicas del sistema-mundo concernientes al consumo cultural a través de los nuevos medios de comunicación e información. Sin lugar a dudas, los jóvenes actuales, por su cercanía a los medios masivos de comunicación y por ser parte de la generación que creció con la red, tienen un acercamiento menos conflictivo con los retos que proponen las nuevas dinámicas de comunicación e información a través de los nuevos dispositivos tecnológicos, pero no hay que perder de vista que para hablar del futuro de la cultura en términos de producción y consumo de significados construidos a través de los nuevos aparatos tecnológicos, hay que tener en cuenta las dimensiones económicas y políticas que Giménez señala al hablar de los determinantes que involucra el fenómeno de la globalización.

De ahí que una pregunta importante a la hora de hablar de la cultura a partir de la experiencia de los jóvenes con ésta es ¿en qué consiste ser joven? Cuándo se empieza y cuándo se deja de serlo. Canclini plantea este cuestionamiento y reflexiona sobre las condiciones que determinan quién es joven en un país o en otro dados los factores económicos, políticos y culturales que rodean esta categorización. En el caso mexicano señala, entre otros aspectos, la cuestión de la edad y la posición social que el joven ocupa.

El tema de los jóvenes en el contexto de la globalización es de suma importancia, porque siendo este fenómeno una coyuntura que atraviesa los espacios nacionales e interconecta a entes gubernamentales y no gubenamentales de diferentes países, dentro y fuera del continente, los procesos de transformación en las tres dimensiones que se han comentado afectan el desarrollo de los jóvenes, ya que los valores de la modernidad están en transformación y las garantías y expectativas de vida con las que han sido formados en el seno de sus hogares se contraponen con la oferta que la sociedad tiene para ellos.

Desde los valores modernos se ha hablado de los jóvenes como el futuro de la sociedad, pero por la época de cambio que acontece en este momento en la sociedad global, las expectativas se convierten en incertidumbres juveniles que llevan a pensar a los jóvenes en vivir el día a día. Esto es consecuencia de la transformación que está teniendo el modelo del sistema-mundo capitalista, donde los jóvenes se ven enfrentados con el desempleo, la inseguridad laboral, las dificultades económicas, la necesidad de abandonar la escuela en muchas ocasiones porque deben ayudar en la manutención económica familiar, entre otros cambios para los cuales no están preparados porque ni el mismo Estado-nación está adaptado a las transformaciones.

Cabe mencionar que en este panorama que se presenta –aunque es el que incluye a la mayoría de los jóvenes– existe una minoría que pertenece a otras condiciones sociales y económicas más favorables. Además debe recordarse que no todos los procesos de cambio cultural se pueden explicar por la globalización: hay que remitirse a las particularidades culturales para especificar los diferentes casos.

En el asunto que aquí compete, la reflexión de Canclini está enmarcada en el fenómeno de la globalización con base en la *Encuesta nacional de juventud 2005*, en la que apoya su interés en mostrar cómo el acceso de los jóvenes a las nuevas tecnologías de información y comunicación es mayor que la posesión personal de éstas; es decir, aunque no las tienen, las conocen y las saben manejar.

Asimismo señala los cambios en el consumo e intercambios sociales en el ámbito familiar y en el de la integración social; por ejemplo, los vínculos familiares se transforman y la propiedad de los medios pasa a ser personal. Ya no se habla del televisor de la casa sino del televisor de un ser humano en particular. Igualmente hay un aumento de la información y la interacción por medio de las nuevas tecnologías, lo que trae como consecuencia una baja interacción social, como lo menciona Augé al hablar de

las ciudades y los equipamientos tecnológicos que desplazan los intercambios sociales en tiempo real sin importar el espacio en el que se encuentre el individuo. Por otro lado, los jóvenes que antes se emancipaban a través del estudio, el trabajo y/o el matrimonio, ahora también lo hacen mediante el consumo y la conectividad de productos culturales propios de la producción industrial del cine, la música y los videojuegos, por mencionar algunos ejemplos.

Con este esbozo del panorama cultural, preguntarse por el futuro de la cultura remite también a reflexionar sobre el joven como sujeto político que pide inclusión y respeto a la diferencia, y que requiere tomar parte y ser considerado en las políticas públicas. Además, hablar de la cultura implica también revisar la economía y la política como parte de las dimensiones que acompañan la transformaciones sociales actuales en las que, en este caso, los jóvenes son de los grupos afectados por el proceso de transformación del sistema.

Para Mafesoli, la posmodernidad naciente

La posmodernidad se plantea como una crisis de la razón y los valores modernos, destacando el reconocimiento de nuevos valores que operan en un goce del presentismo. ¿Cuáles son los valores en crisis y los nuevos valores que entran en juego?, es lo que plantea Michel Mafesoli al referirse a que se está en una época de crisis, una decadencia de las cosas que permiten el surgimiento de nuevas ideas, que renacen y resurgen como consecuencia del desencantamiento moderno. ¿Qué tiene que ver el posmodernismo con el fenómeno de la globalización? ¿Por qué la crisis de la modernidad lleva a algunos a pensar en un cambio de paradigma de mundo?, son preguntas que se plantean en el contexto de la crisis para tratar de entender qué pasa en el mundo a partir de las transformaciones que van surgiendo en todos los niveles.

Mafesoli señala que pasaron tres ciclos: la importancia de la razón, el sentido de la historia y el mito del progreso. Estos temas,

muy debatidos dentro de la comunidad de científicos dedicados a pensar la sociedad, son los que polarizan el pensamiento moderno respecto del posmoderno. Valores como el trabajo y la racionalización generalizada de la existencia, según los pensadores posmodernos, entran en decadencia y dan cabida a otros valores como el de la creatividad a través del placer de vivir y ser; el culto al cuerpo, que retoma su importancia a partir de la moda, el desarrollo de dietas y la actividad física realizada en el gimnasio para construir el cuerpo deseado; y la estetización referente al disfrute común de actividades como la música, el deporte y la religiosidad.

Estas cuestiones tienen que ver con un vivir en el presente sin proyectar un futuro a mediano o largo plazo, una preponderancia del consumo de bienes y servicios que satisfacen necesidades propuestas por un modelo de sistema-mundo que busca, a través de la estética, que el individuo no piense en las consecuencias de la crisis sino que disfrute lo que tiene aquí y ahora.

En este sentido, pensar en los jóvenes y su condición de vulnerabilidad ante los cambios que están surgiendo en el sistema-mundo sirve como ejemplo para entender la crisis a la que se refiere el posmodernismo; de igual manera, abordar el fenómeno de la globalización desde los determinantes económicos, políticos y culturales que propone Gilberto Giménez, así como la estética de la distancia mencionada por Marc Augé para hablar de los no lugares empíricos, plantean la reflexión respecto de si lo que está pasando en el mundo es un reemplazo del modelo capitalista de producción, un abandono de los valores de la modernidad fundamentada en el progreso y la evolución social, considerada desde el desarrollo de la razón o, por otro lado, si es una época que sigue siendo moderna y, como consecuencia del modelo capitalista insertado en un sistema-mundo y la idea del progreso, se crean los nuevos aparatos de información y comunicación que generan una transformación de las necesidades y las maneras de organizar los Estados-naciones, pero no desde el abandono de la razón, sino

partiendo de ésta para encontrar alternativas al cambio desde lo que Augé denomina una conciencia planetaria.

Ahora bien, la globalización sí es un fenómeno relevante en el proceso del desarrollo social, sobre todo aquel que tiene que ver con el diseño y construcción de las ciudades pensadas para habitar la sociedad en red, pero no hay que dejar de lado que el asunto se complejiza más porque no todo lo puede explicar la globalización. El cambio social es más imprevisible y es diversificado, como lo manifiesta Giménez, y parte del asunto tiene que ver con el reconocimiento de grupos y localidades que, aunque insertos dentro del mismo espacio en el que se desarrolla toda la actividad globalizadora, hay grupos particulares que responden a necesidades diferentes y se visibilizan a la hora de pensar los diferentes ámbitos de lo social desde una mirada de lo global más amplia que la propuesta de producción, circulación y consumo de mensajes masivos.

Bibliografía

Augé, Marc (2000). *Los "no lugares". Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

Bauman, Zygmunt (2002). *Modernidad líquida*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Beck, Ulrich (2008). *Qué es la globalización*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Giménez, Gilberto (2002). Globalización y cultura. *Estudios Sociológicos*, vol. XX, núm. 1, enero-abril, pp. 23-46. México: El Colegio de México.

Lipovetsky, Gilles (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama.

Mafesoli, Michell (2004). *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. México: Siglo XXI Editores.

Debates sociológicos sobre el cambio global

Gilberto Giménez

El concepto de cambio

En el campo de las ciencias sociales, hablar de cambio implica referirse a un conjunto de procesos por los que se pasa de un estado determinado de la configuración de las relaciones sociales, a otro nuevo y diferente.

Estos procesos pueden clasificarse de diferentes maneras si se toman en cuenta variables como la amplitud del cambio, su escala, ritmo o velocidad, su grado de radicalidad y su direccionalidad.

En nuestro caso, el calificativo *global* añade una precisión referida a la amplitud y la escala geográfica en la que se visualizan los procesos de cambio: se trata de lo que suele llamarse un "cambio societal" –abarcador de todas las dimensiones de la vida social– observado a escala planetaria.

Para nuestros propósitos resulta útil distinguir dos modalidades posibles del cambio así definido y calificado, según el criterio de su mayor o menor grado de radicalidad: la *transformación* y la *mutación* o ruptura (Ribeil, 1974:142 y ss.; Bajoit, 2003:156 y ss.). La transformación se entiende como un proceso adaptativo y gradual que transcurre en la continuidad sin afectar significativamente la estructura de un sistema. La mutación, en cambio, supone la alteración cualitativa del sistema, es decir, el paso de una estructura a otra.

Teorías evolucionistas del cambio

El cambio global ha interesado a las ciencias sociales desde sus inicios. Los clásicos de la sociología lo concibieron como un progresivo proceso de modernización de las sociedades, perceptible en el largo plazo multisecular, y lo describieron como el tránsito de lo simple a lo complejo, del mito a la ciencia (Comte), de la comunidad tradicional a la sociedad contractual (Tönnies), de la sociedad tradicional a la sociedad racional burocratizada (Max Weber), de la solidaridad por semejanza a la solidaridad por interdependencia (Durkheim), de las sociedades precapitalistas a la sociedad capitalista burguesa (Marx), de la costumbre a la ley y, en fin, del particularismo al universalismo (Parsons).

De un modo más general se puede afirmar que, en un primer momento, el cambio global ha sido explicado en términos evolucionistas, siguiendo las huellas de autores de finales del siglo XIX como Herbert Spencer, Lewis Henry Morgan y Edward Burnett Taylor, entre otros. La evolución social se entiende como un proceso de cambio que comporta una secuencia direccional.

Las teorías evolucionistas fueron acremente criticadas y entraron en receso durante las primeras décadas del siglo XX, pero resurgieron con fuerza desde los años cuarenta con autores como Leslie White (1949), Julian Steward (1977), Gerhard Lenski (1966, 2005) y, sobre todo, Talcott Parsons (1966, 1971), quien acuñó el concepto de *universales evolutivos* (como la tecnología, por ejemplo) para explicar los sucesivos estadios de adaptación evolutiva de las sociedades para mejorar sus niveles de eficiencia funcional. En la actualidad, el evolucionismo cuenta con figuras muy relevantes como Stephen K. Sanderson (1991, 1999) y su *materialismo evolucionista*, y Jonathan Turner (1985, 1995), cuya teoría apunta a los procesos de diferenciación social provocados, en última instancia, por el crecimiento demográfico.

De modo general, los evolucionistas utilizan como marco un esquema de grandes etapas en la evolución global, partiendo de

los orígenes de la agricultura y terminando con el ascenso de los Estados y la transición al capitalismo moderno en sus diferentes fases.

La teoría de los sistemas mundiales

En los años setenta del siglo XX surge y se consolida lo que hoy llamamos sociología histórica, que se ocupa precisamente del cambio global visto en una amplia perspectiva histórica, y recupera, de este modo, las preocupaciones iniciales de la sociología clásica. Se trata de una verdadera *revolución histórico-comparativa*, cuyos representantes más conspicuos fueron, entre otros, Perry Anderson (1974a, 1974b), Michael Mann (1986, 1993) y Randall Collins (1999).[1] Pero el autor más destacado dentro de este campo fue, sin duda alguna, Immanuel Wallerstein (1983, 2003), quien elaboró un nuevo y revolucionario paradigma en sociología histórica: la teoría de los *sistemas-mundo* (*world-systems analysis*), también llamada *economías-mundo*. Esta teoría constituye el antecedente más cercano de la teoría de la globalización.

El presupuesto básico de la teoría en cuestión es el de que las sociedades del pasado y del presente no deben considerarse como entidades aisladas e independientes, sino como insertas en amplias redes intersocietales que constituyen lo que el autor denomina sistemas-mundo, jerárquicamente organizados. El autor postula que alrededor de 1450 comenzó a formarse en Europa y en otros lugares un sistema-mundo específicamente capitalista. Por lo tanto, la Revolución Industrial del siglo XVIII no marcó el inicio del sistema-mundo capitalista, como opinan muchos autores, ya que sólo representó una fase más de la lógica inherente al desarrollo capitalista que comenzó a desplazar las formas precapitalistas de vida social por lo menos dos siglos y medio antes.

[1]Los precursores fueron, entre otros, Shmuel N. Eisenstadt (1963) y Barrington Moore (1966).

El sistema-mundo capitalista o economía-mundo se fue organizando jerárquicamente según el siguiente diseño: *1)* un *centro* constituido por países económica y políticamente desarrollados; *2)* una amplia *periferia* conformada por países subordinados y explotados que proveen al centro de mano de obra barata, acceso a recursos importantes y materia prima para la exportación; *3)* una *semiperiferia* o zona intermediaria más integrada al centro, constituida por países a la vez explotados y explotadores de la periferia.

Esta teoría es también evolucionista en el sentido de que especifica la tendencia direccional de largo plazo en la historia del sistema-mundo. Esta tendencia apunta, según el autor, a la profundización y expansión siempre creciente del desarrollo capitalista, como expresión de la lógica mercantilista (basada en el valor de cambio) en toda la economía, y aun en las demás esferas de la vida social. Pero como todo ciclo de larga duración, también el sistema-mundo capitalista llegará un día a su fin para dar paso a un nuevo sistema-mundo dominado por el sistema socialista.[2]

Dos seguidores de esta corriente, Chase-Duun y Hall (1991), han tratado de fundamentar históricamente el sesgo evolucionista de la teoría de Wallerstein, afirmando que por milenios se han sucedido varios tipos de sistemas-mundo en la historia de la humanidad, entre los cuales se pueden destacar tres tipos principales: sistemas-mundo de base étnica (fundados en el parentesco), tributarios, y el sistema-mundo moderno. Los autores explican la transición de un tipo a otro en términos culturales y materialistas. Su modelo puede esquematizarse aproximadamente del siguiente modo: emigración → circunscripción territorial → conflicto, formación de una jerarquía e intensificación del proceso.

La globalización en escena

A partir de las dos últimas décadas, el cambio global ha sido interpretado y procesado en forma generalizada a través de un nue-

[2]Se encontrará una excelente y amplia introducción a la macrosociología de Wallerstein en Aguirre, 2003.

vo concepto: la *globalización*. Este nuevo término ha ido cobrando popularidad creciente no sólo en el ámbito académico sino también en el político, en los medios masivos de comunicación y el mundo de los negocios y la publicidad.

En la literatura académica, la globalización suele asociarse a la idea de interconexión e interdependencia crecientes –cada vez más amplias y densas– entre países, regiones e instituciones estatales y no estatales a escala mundial. "Vivimos en una sociedad de redes", ha dicho Manuel Castells (1999).

Como se trata de un concepto controvertido –como veremos más adelante–, ofrecemos aquí una definición operacional, de carácter más bien descriptivo, inspirada en autores como Heldt (2000), Held *et al.* (1999) y Scholte (2005). En esta perspectiva, la globalización podría definirse como *un conjunto de procesos que conducen a la extensión, intensificación e interpenetración crecientes de las relaciones económicas, políticas y culturales –en forma de redes de interacción, interconexión e integración– por encima de las fronteras nacionales, regionales y continentales*. Este carácter transfronterizo, transnacional y transregional de la globalización suele caracterizarse también como *desterritorialización* o *supraterritorialidad*. Así, en una definición completamente homologable a la precedente, Sholte (2005:46) entiende por globalización "el proceso de desterritorialización de sectores muy importantes de las relaciones sociales" a escala mundial o, lo que es lo mismo, "la multiplicación e intensificación de relaciones supraterritoriales", es decir, de flujos, redes y transacciones que desbordan los constreñimientos territoriales y la localización en espacios delimitados por fronteras. La globalización implica, por lo tanto, la reconfiguración del espacio y el fin del *territorialismo* entendido como un "espacio macrosocial totalmente organizado en términos de unidades tales como distritos, poblados, provincias, naciones y regiones" (p. 47).

La condición de posibilidad de la globalización así entendida ha sido la formación de una *infraestructura global* constituida principalmente por las nuevas tecnologías de comunicación e información de alta velocidad (telecomunicaciones electrónicas,

Internet, sistema satelital, cable, etcétera) que permiten la operación de las redes globalizadas en la simultaneidad del tiempo real, mediante la supresión o la reducción radical de las distancias. Es lo que suele llamarse "compresión del tiempo y del espacio" (Harvey, 1990), que se usa para designar dos conceptos: *1)* la aceleración de los ritmos de vida ocasionada por las nuevas tecnologías como las telecomunicaciones y los transportes aéreos continentales e intercontinentales, los cuales han modificado la topología de la comunicación humana; *2)* la alteración que todo esto ha acarreado a nuestra percepción del tiempo y el espacio (Thrift, 2000:21).

El resultado de este fenómeno ha sido la polarización entre un *mundo acelerado* –el mundo de los sistemas flexibles de producción y de refinadas pautas de consumo– y el *mundo* lento de las comarcas rurales aisladas, de las regiones manufactureras en declinación, y de los barrios suburbanos social y económicamente desfavorecidos.

Las dimensiones de la globalización

Así entendida, la globalización es pluridimensional y no sólo económica, aunque muchos admiten que la dimensión económico-financiera es el motor real del proceso en su conjunto. Hemos de distinguir, entonces, por lo menos tres dimensiones principales: la económica, la política y la cultural.

Globalización económica

Esta globalización se vincula con la expansión de los espacios financieros mundiales y de las zonas de libre comercio; con el intercambio global de bienes y servicios, así como también con el rápido crecimiento y expansión de las corporaciones multinacionales o transnacionales. La integración económica global –cuestionada por algunos historiadores de la economía como Hirst y

Thompson, (1999)– se vuelve particularmente visible en la red mundial de los llamados *servicios avanzados a la producción* (*producer services*), que ha sido estudiada, mapeada e incluso medida recientemente por algunos equipos de investigadores (Taylor, 2004). Según Saskia Sassen (2001), estos servicios –que no deben confundirse con los relativos al consumo– constituyen el sector líder de la economía mundial. Se trata de servicios altamente especializados, administrados por compañías que están presentes a través de sus filiales en todas las ciudades llamadas *mundiales*, y que son subcontratadas por las corporaciones transnacionales. Por ejemplo, servicios de contaduría, publicidad, asistencia legal, seguros, consultoría administrativa, etcétera, pero, sobre todo, servicios bancarios y financieros. Cabe destacar particularmente este último sector de servicios, ya que en su ámbito se ha formado una especie de *economía electrónica* por la que los bancos, las corporaciones, los administradores de fondos y los inversionistas individuales pueden desplazar enormes sumas de dinero de un continente a otro con un *click* de ratón de una computadora. A este respecto, Saskia Sassen (2007:92) ha hablado de una *financialización* de la economía, es decir, del peso creciente de los criterios financieros en las transacciones económicas.

Globalización política

Esta dimensión se relaciona con el relativo desbordamiento del Estado-nación por entidades supranacionales como la Organización de las Naciones Unidas, las organizaciones intergubernamentales y no gubernamentales, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial de la Salud, etcétera, a los que deben añadirse las numerosas reuniones anuales de funcionarios de alto nivel en forma de "cumbres" y congresos. La interacción compleja entre estas instituciones supraestatales ha dado lugar a lo que se llama *gobernanza global*, que se refiere a procesos de coordinación política entre gobiernos, agencias

intergubernamentales y transnacionales (públicas o privadas) para tomar decisiones de alcance mundial.

Lo que tenemos de nuevo en este nivel de la globalización es una notable institucionalización de redes intergubernamentales y transnacionales de interacción política que se expresa, entre otras cosas, a través de la multiplicación de organizaciones formales, como la Organización de las Naciones Unidas y Greenpeace, por ejemplo, y otras más informales, como los contactos regulares entre funcionarios de los bancos centrales de los países más poderosos del planeta o los carteles transnacionales de tráfico de drogas. Hemos pasado entonces, según Mc Grew (2000:132), de un sistema *westfaliano* de Estados a una notable internacionalización de los Estados y a la transnacionalización de la política. Esto no significa, según el mismo autor, el fin de la autonomía y la soberanía del Estado-nación, sino sólo su reconfiguración y redefinición en la medida en que en el futuro se hallarán imbricadas cada vez más en un sistema multiestratificado de gobernancia global (Mc Grew, 2000:142).

Globalización cultural

Suele entenderse, en primera instancia, como la difusión a escala mundial de un conjunto de productos culturales que circulan a través de las redes electrónicas de comunicación y que son producidos, manufacturados y distribuidos por un puñado de corporaciones mediáticas radicadas habitualmente en los Estados Unidos, Europa y Japón. Es lo que en los años sesenta del siglo XX se llamaba *cultura de masa*, y actualmente, *culturas populares*, no en su acepción clasista sino en razón de la amplitud de su audiencia. Cabe aquí toda la gama de los productos llamados *recorded culture* por algunos sociólogos estadounidenses (Crane, 1992), es decir, la *cultura grabada* y, por eso mismo, reproducible, exportable y archivada en periódicos, libros, magazines, discos, películas, videos y otros medios electrónicos. Desde el punto de vista que nos ocupa,

estos productos culturales han entrado de lleno en la dinámica de la globalización desde el momento en que responden cabalmente al criterio de la supraterritorialidad. En efecto, escapan a la lógica de la distancia y las fronteras territoriales, y exhiben, en su mayor parte, las características de la instantaneidad en tiempo real.

Esta manera de concebir la *cultura globalizada* ha derivado, por un lado, en el tema de la *aldea global* (Mc Luhan), que hace posible la comunicación instantánea y sin barreras entre todos los habitantes del planeta y, por otro, en el del *imperialismo cultural*, que subraya la tendencia a la homogeneización de la cultura a escala mundial en detrimento de las culturas particulares y en beneficio de los Estados Unidos y las naciones occidentales. Los temas de la *americanización* y la *macdonaldización* del mundo son derivaciones de la tesis anterior.

Pero este enfoque excesivamente mediático de la cultura, que parece responder a la óptica de los comunicólogos, ignora la persistencia de las culturas particulares (que, según algunos sociólogos, representan todavía la cultura de las nueve décimas partes de la humanidad), minimiza su capacidad de resistencia y deja en la sombra sus múltiples formas de interacción con las industrias culturales (coexistencia pacífica, conflicto, resistencia, compromiso, interpenetración, etcétera) (Giménez, 2007:245 y ss). Más aún, en virtud de una especie de etnocentrismo urbano-mediático, tiende a confundir toda la cultura con una sola de sus especies: la que circula a través de los medios masivos de comunicación.

El panorama de la cultura en tiempos de globalización es mucho más complejo. Lo que se puede afirmar con toda certeza es que la globalización –montada, como está, en las nuevas tecnologías de información y comunicación– ha provocado, en primera instancia, la *copresencia* de todas las culturas –incluidas, por supuesto, las particulares–, pero no de manera estática y pasiva sino en interacción permanente las unas con las otras (tesis del interculturalismo). Esta interacción, a su vez, ha provocado fenómenos contradictorios y complejos como, por ejemplo:

homogeneización tendencial, pero también resistencia y polarización entre mundos culturales diferentes (Barber, 1995; Huntington, 1996); hibridización cultural (*global mélange*) (Pieterse, 2004), pero también demarcación fundamentalista en defensa de supuestas purezas prístinas o de supuestas identidades amenazadas; adicción generalizada a la cultura consumista *massmediada*, pero también recepción diferenciada y resignificada de ésta en contextos culturales locales (Thompson, 1995:173 y ss.); actitudes cosmopolitas o "ecuménicas" frente a la pluralidad cultural (multiculturalismo), pero también resurgencia de neolocalismos y nacionalismos inveterados.

En resumen, homogeneización tendencial, polarización, recepción diferenciada de productos culturales masivos, hibridación intercultural, tal es el léxico básico que nos ayuda a descifrar el panorama complejo de la cultura en tiempos de globalización.

Interpenetración de las escalas

Un aspecto fundamental de la globalización es lo que Saskia Sassen (2007:14) llama "subversión de las jerarquías escalares". Esto significa que ya resulta insostenible la jerarquía local/nacional/global, implícitamente centrada en el primado del Estado-nación, porque la globalización es un fenómeno multiescalar en la medida en que a la vez se halla incrustada en lo local (*glocalización*) y en lo nacional-estatal. En efecto, por un lado lo global se encarna en lo local, puesto que las localidades pueden insertarse directamente en redes transnacionales o supraterritoriales, sin pasar por la mediación o la jurisdicción nacional, como es el caso de las *ciudades mundiales*; y por otro, porque lo global habita también parcialmente lo nacional, en la medida en que ciertos territorios e instituciones tradicionalmente considerados como "nacionales" participan también, bajo algún aspecto, en la agenda de la globalización. Según Saskia Sassen (2007:51), este fenómeno implica la "desnacionalización parcial" de algunos componentes de lo

nacional (los bancos centrales, por ejemplo), como resultado de la interacción entre lo nacional y lo global.

En la escala global subnacional se destacan particularmente las llamadas *ciudades mundiales*, que son nudos estratégicos de las redes financieras globales y de las que tienen que ver con los *servicios avanzados* a la producción (*producer services*).

Las *ciudades mundiales* o *globales*[3] no se definen como tales por sus atributos particulares, como podrían ser su historia, su tamaño o su población, sino por su interconexión con otras ciudades, formando, en conjunto, una tupida red metropolitana de cobertura global. Esta red opera –sobre todo en el ámbito económico-financiero– por encima de las fronteras y las jurisdicciones nacionales (Friedman, 1986; Sassen, 2001; Johnston, Taylor y Watts, 2000; Abrahamson, 2004; Taylor, 2004).

Estas ciudades son centros donde se aglomeran las mayores compañías de *servicios avanzados a la producción* (bancos, bufetes de abogados, agencias de seguros, empresas de publicidad, etcétera), juntamente con las corporaciones transnacionales más importantes a las que prestan apoyo, así como también los organismos internacionales de envergadura mundial, las organizaciones mediáticas más poderosas e influyentes, los servicios internacionales de información y las industrias culturales. Peter Taylor (2004) y su grupo (Gawc)[4] clasifican y jerarquizan las ciudades mundiales según su grado de conectividad, tomando como patrón de medida la conectividad de Londres, la ciudad más conectada del mundo. Según las primeras clasificaciones del Gawc, en América

[3]Saskia Sassen (2007:24) explica que prefiere hablar de *global cities* y no de *world cities*, porque estas últimas pueden referirse también a ciudades históricamente importantes, como las capitales de los antiguos imperios, que en nuestros días pueden no formar parte de la red de ciudades globales.

[4]Globalization and World Cities Research Group and Network. Se trata de un grupo de investigación local, pero también de un centro virtual (www.lboro.ac.uk/gawc) que concentra y coordina la interacción entre investigadores comprometidos en esta línea de investigación en el mundo entero. Como centro virtual, el Gawc ofrece una página electrónica de fácil acceso: "Gawc Research Bulletins".

Latina ninguna de las ciudades consideradas mundiales alcanza la categoría α, que es la más alta, y sólo la ciudad de México y São Paulo alcanzan la categoría β.

Por lo demás, del examen de estas y otras formas de clasificación de las ciudades mundiales se desprende claramente el predominio de la región Nordatlántica como centro de gravedad de la economía mundial.

Historicidad y carácter desigual y polarizado de la globalización

Para concluir, cabe señalar todavía dos características fundamentales de la globalización, que podemos sintetizar en estas dos proposiciones: *1)* la globalización tiene historia; *2)* la globalización es un proceso desigual y polarizado que genera ganadores y perdedores.

La globalización tiene historia

La globalización no constituye un fenómeno dramáticamente nuevo, como creen los globalistas radicales sino, en todo caso, la aceleración de tendencias preexistentes en fases anteriores del desarrollo histórico mundial. Como señalan Taylor, Watts y Johnston (2000:8), "[…] la globalización es más bien una continuación antes que una novedad, más bien algo que tiene que ver con una ampliación de escala, antes que una nueva y específica forma de globalidad".

Esto significa que la globalización tiene una historia y se ha realizado por ciclos, como ya lo habían anticipado los analistas de los sistemas-mundo, como Wallerstein. Historiadores de la economía como Hirst y Thompson (1999) han señalado incluso que en la *belle époque* –es decir, en el ciclo que va de 1870 a 1914– la economía mundial estaba más integrada todavía, bajo ciertos aspectos, que en la actualidad. Según una expresión pintoresca

de estos autores, en esa época, los cables submarinos eran "la Internet de la reina Victoria".

Esta tesis, que relativiza drásticamente la novedad de la globalización, ha acabado por ser aceptada incluso por los analistas del Banco Mundial, quienes hablan ahora de las "oleadas sucesivas de globalización" (World Bank Policy Research Report, 2002:23 y ss.).

La globalización es un proceso desigual y polarizado

Una característica central de la globalización es su carácter polarizado y desigual. La consideración de esta característica es fundamental para cualquier acercamiento crítico al fenómeno que nos ocupa. En efecto, no todos estamos conectados por Internet ni somos pasajeros frecuentes de las grandes líneas aéreas intercontinentales. El mundo de la inmensa mayoría sigue siendo el mundo lento de los todavía territorializados, no el mundo hiperactivo y acelerado de los ejecutivos de negocios, de los funcionarios internacionales o de la "nueva clase internacional de productores de servicios" de la que habla Leslie Sklair (1991).

Lo que vemos es que sólo un pequeño porcentaje de la población mundial forma parte de la *network society* de Castells (1999). Para comprobarlo, basta con mencionar un indicador estratégico: la *brecha digital* entre países, grupos étnicos y géneros. En efecto, según una encuesta de la NUA Internet Surveys (2005), en 2002 sólo 10% de la población mundial tenía acceso a Internet. Mientras los europeos cuentan con 32% del total de usuarios en el mundo, América Latina sólo tiene 6%, y el Medio Oriente, juntamente con África, sólo 2%. Más aún, según un reporte de Zillah Einsenstein (2000:212), "aproximadamente el 80% de la población mundial carece todavía de acceso a la telecomunicación básica [...] Hay más líneas telefónicas en Manhattan que en toda África subsahariana [...]". Pero además "sólo alrededor del 40% de la población mundial tiene acceso a la electricidad".

En cuanto a la *brecha económica*, un autor la sintetiza lapidariamente así:

> 1.3 billones de personas, es decir, el 22 % de la población mundial, viven por debajo de la línea de pobreza [...] Y como consecuencia de tan severa pobreza, 841 millones de personas (14 %) se encuentran hoy subalimentadas; 880 millones (15 %) no tienen acceso a los servicios de salud; un billón (17 %) carece de vivienda adecuada; 1.3 billones (22 %) carecen de agua potable; dos billones (33 %) carecen de electricidad; y 2.6 billones (43 %) carecen de instalaciones sanitarias en sus hogares (Pogge, 1999:27, citado por Held, 2000:174).

Entre nosotros, Manuel Garreton (1999:10) ha señalado con especial hincapié no solamente el carácter desigual de la globalización, sino también su dinámica excluyente:

> La exclusión fue un principio constitutivo de identidades y de actores sociales en la sociedad clásica latinoamericana, en la medida en que fue asociada a formas de explotación y dominación. El actual modelo socioeconómico de desarrollo, a base de fuerzas transnacionales que operan en mercados globalizados, aunque fragmentarios, redefine las formas de exclusión, sin eliminar las antiguas: hoy día la exclusión es estar al margen, sobrar, como ocurre a nivel internacional con vastos países que, más que ser explotados, parecen estar de más para el resto de la comunidad mundial.

El debate contemporáneo sobre la globalización

El concepto de globalización ha sido objeto de un intenso debate en el campo de las ciencias sociales en las dos últimas décadas. Los protagonistas de este debate suelen distribuirse en tres

categorías: globalistas, tradicionalistas y transformacionalistas (Held, 2000:22 y ss; Scholte, 2000:17 y ss; Giddens, 2001:58 y ss).[5]

Los *globalistas* interpretan el cambio global de nuestro tiempo en términos de una *mutación* radical y dramática. La globalización sería un fenómeno real y tangible cuyos impactos se dejan sentir en todos los rincones del mundo. Las interconexiones globales habrían vuelto irrelevantes las fronteras nacionales; y las culturas, las economías y las políticas nacionales habrían sido subsumidas en las redes de los flujos globales de bienes, capitales y servicios. En consecuencia, las diferencias nacionales y la soberanía de los Estados se habrían eclipsado irremediablemente para dar lugar a una economía globalmente integrada y a una cultura globalmente homogénea. De este modo habría surgido un nuevo orden global cuyas reglas determinan lo que los países, las organizaciones y la gente pueden hacer. Según esta perspectiva, la globalización constituye un proceso inevitable, frente al cual todo intento de resistencia está condenado al fracaso.

Held introduce todavía una distinción entre *globalistas positivos*, que resaltan los beneficios de la globalización así entendida (mejora del nivel y de la calidad de vida, mayor libertad de elección en el consumo, mayor facilidad de comunicación y, por lo tanto, mayor posibilidad de entendimiento entre los pueblos, etcétera); y *globalistas pesimistas* que, en contraste, destacan la dominación de los países del norte –que son capaces de imponer su agenda al resto del mundo–, así como el lamentable debilitamiento de la soberanía y las identidades nacionales.

En el polo opuesto, los *tradicionalistas* afirman que la globalización es "el gran mito de nuestro tiempo", ya que no existe evidencia alguna de que se haya producido un cambio sistémico en las relaciones sociales en el ámbito global. Lo que estamos presenciando sería una simple continuación y progresión de tendencias y vínculos internacionales ya observados desde el siglo pasado en

[5]En lo que sigue glosamos libremente la exposición de Held en el lugar citado.

los campos económico, político y cultural. Más aún, la economía mundial habría estado más integrada todavía hacia finales del siglo XIX que en la actualidad. Además, hoy en día, las relaciones económicas y políticas se desarrollan más bien a escala regional y no global, como lo comprueba el caso de la Unión Europea (tesis de la *triadización* entre Estados Unidos, Europa y Japón). En consecuencia, el Estado-nación estaría lejos de haber perdido su autonomía y soberanía para maniobrar en favor de sus intereses y prioridades económicas.

Los *transformacionalistas*, por su parte, asumen una posición intermedia en este debate e interpretan el cambio global de nuestro tiempo en términos de *transformación*, en el sentido definido más arriba, y no de mutación sistémica. De acuerdo con esta posición, la globalización representa un cambio real y significativo, pero sin la exageración hiperbólica de los globalistas ni el escepticismo injustificado de los tradicionalistas.

No se pueden subestimar las consecuencias de las interacciones globales contemporáneas, que son complejas, diversificadas e imprevisibles; pero tampoco se puede admitir que el curso de la globalización, tal como la conocemos hoy en día, sea inevitable, irreversible e irresistible. El Estado-nación sigue siendo fuerte –si no es que más fuerte que nunca– y conserva todavía en gran parte su autonomía y considerables márgenes de acción, pero es verdad que esa autonomía ha sido acotada por formas de poderes transnacionales que no son únicamente los que reflejan los intereses de las grandes corporaciones ni la necesidad imperiosa de competir en los mercados globales. Dichos poderes resultan más bien de un conjunto complejo de interconexiones a través de las cuales el poder se ejerce, en su mayor parte, de modo indirecto.

Para corregir las formas indeseables del ejercicio de tales poderes, los transformacionalistas postulan una mayor democratización de las instituciones globales y un sistema también más democrático de gobernancia global.

Algunas consideraciones críticas

Si bien ha sido aceptada por la mayor parte de los analistas la definición de la globalización en términos de interconexiones e interdependencias crecientes a escala global, se le ha reprochado muchas veces su carácter extremadamente general y abstracto, hasta el punto de que, en opinión de algunos autores, no nos dice nada radicalmente nuevo en relación con lo que ya sabíamos –desde el *Manifiesto comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels (2007), publicado por primera vez en 1848– sobre la dinámica inconteniblemente expansiva y transnacional del desarrollo capitalista (Alasuutari, 2000:259-260). Se le ha reprochado también haber dejado en la sombra los fenómenos de localización de los procesos globales, al destacar sólo la creciente interdependencia y la formación de instituciones globales (Sassen, 2007:3). Se requiere, por lo tanto, mayor investigación empírica sobre las modalidades concretas de inserción de los procesos globales en los espacios locales y en los flancos de las instituciones nacionales (tesis sasseniana de la *desnacionalización* parcial).[6]

Por lo demás, importa tener siempre presente que la definición citada sólo describe y compendia –bajo la etiqueta del término-ómnibus *globalización*– dinámicas y tendencias reales, pero a la vez diversas y heterogéneas, no necesariamente conectadas entre sí, las cuales difícilmente pueden reducirse a un denominador común. Esto quiere decir que hay que descartar por completo la idea de que la globalización implica una dinámica única, homogénea y lineal, capaz de explicar todos los cambios que se producen o se han producido en diversas partes del mundo.

[6]Vale la pena hacer notar que los teóricos latinoamericanos de la globalización, como Octavio Ianni (1996) y Renato Ortiz (1997), tuvieron muy presente la concreción local de los fenómenos globales. Para Ortiz (1997:57-58), por ejemplo, la dimensión de la mundialización es un "proceso que atraviesa los planos nacionales y locales, cruzando historias diferenciadas".

Por lo que toca al debate entre globalistas, tradicionalistas y transformacionalistas, ha sido y sigue siendo extremadamente útil al conformarse como un amplio foro para intercambiar puntos de vista sobre los grandes cambios de nuestro tiempo por encima de las fronteras geográficas y disciplinarias. Ha servido, además, para renovar las ciencias sociales elevando la escala de su objeto más allá de los espacios nacionales. En efecto, la discusión sobre la globalización cuestiona implícita o explícitamente dos presupuestos de la sociología clásica: *1)* el Estado-nación como contenedor exclusivo de los procesos sociales; *2)* todo lo que está dentro del territorio nacional es nacional. Por el contrario, para la mayor parte de los analistas, los procesos atribuidos a la globalización trascienden el marco nacional y, en parte, se incrustan en los territorios y las instituciones nacionales.

El debate en cuestión no debería conducirnos a tomar partido por una de las posiciones con exclusión total de las otras, como si se tratara de facciones políticas irreconciliables. La actitud más sensata es ponderar y tomar en serio los argumentos esgrimidos por cada una de ellas, evaluando su capacidad heurística, coherencia lógica y adecuación empírica. Y esto por dos razones: *1)* porque cada una de las posiciones nos ofrece algo que aprender y puede ayudarnos a iluminar diferentes aspectos del problema de cómo entender las transformaciones globales en curso; y *2)* porque las tres posiciones referidas no son necesariamente contradictorias entre sí, ya que, a pesar de sus notorias diferencias, podrían ser parcialmente complementarias. En efecto, todas comparten en el fondo un presupuesto común que Held (2000:176-177) explicita del siguiente modo:

> [...] la existencia de un cambio significativo en las relaciones entre las comunidades políticas. A saber, que se ha ampliado considerablemente la interconexión entre estados y regiones, aunque con desiguales consecuencias para diferentes países y localidades; que han surgido

> problemas transnacionales y transfronterizos, como los relacionados con la regulación del comercio y de los flujos financieros, que se han vuelto cada vez más apremiantes en el mundo entero; que ha crecido exponencialmente el número y el papel de las organizaciones intergubernamentales y no gubernamentales, así como de los movimientos sociales en los asuntos regionales y globales; que los mecanismos políticos e institucionales existentes, anclados en los estados-naciones, se han vuelto insuficientes para afrontar aisladamente los apremiantes desafíos de los problemas globales y regionales como son los que se centran, por ejemplo, en la pobreza y en la justicia social.

Según el mismo autor, las diferencias provendrían de las diversas interpretaciones de estos hechos, así como de las apreciaciones divergentes de sus implicaciones sociales y políticas de fondo.

Líneas de investigación

Debido a la complejidad y la pluridimensionalidad de su contenido, el concepto de globalización ha abierto innumerables avenidas para la investigación, dentro de un marco obligadamente interdisciplinario o, mejor, transdisciplinario.

La línea de investigación más prometedora y desarrollada en los últimos años ha sido, sin duda, el estudio de la *red de ciudades mundiales*. A este respecto, ha sido determinante la contribución de Peter J. Taylor (2004) y su grupo de investigación (Gawc) en el Departamento de Geografía de la Universidad de Loughborough, Reino Unido, en la medida en que fueron los primeros en dar un amplio sustento empírico a las hipótesis iniciales de John Friedman (1986), posteriormente desarrolladas por Saskia Sassen (2001) y Manuel Castells (1999). En efecto, Taylor y su grupo se adjudicaron tres logros estratégicos: *1)* la primera recopilación

masiva de *datos empíricos relacionales*[7] para documentar la conexión reticular entre ciudades; *2)* la elaboración de un ingenioso dispositivo estadístico-factorial para medir el grado de conexión entre éstas; *3)* el diseño de los primeros cartogramas de la interconexión global que ilustran la *nueva geografía* de la globalización.

En México, esta línea de investigación, que ha revolucionado los estudios urbanos, ha tenido poco eco. Pero cabe señalar dos excepciones importantes: *1)* los estudios seminales del austríaco Cristof Parnreiter (1998, 2002) –exalumno del urbanista Sergio Tamayo en la Universidad Autónoma Metropolitana (unidad Iztapalapa) y de Saskia Sassen en la Universidad de Chicago– sobre la ciudad de México como ciudad mundial; *2)* el reciente trabajo de Margarita Pérez Negrete (2008) sobre el mismo tema, pero desde una perspectiva más latinoamericana y, de manera sorprendente, no en el marco de la teoría de la globalización, sino en el del sistema-mundo de Wallerstein.

Hay que señalar que esta línea de investigación puede desdoblarse, a su vez, en múltiples sublíneas que permiten estudiar, bajo otra luz, por ejemplo, fenómenos como la polarización urbana, la informalidad y el multiculturalismo urbano.

Se pueden señalar todavía otras muchas líneas de investigación en curso, siguiendo las diferentes dimensiones de la globalización. Así, por ejemplo, en la dimensión cultural, una de las agendas de investigación más interesantes es el estudio de las diferentes modalidades de interacción entre los flujos culturales mediáticos y las culturas particulares (Lull, 2006:44-58). En la dimensión política, una agenda de investigación muy interesante es la referida al estudio de la *gobernanza global* –o de la *transnacionalización de la política*, en expresión de Antony McGrew (2000)– y su impacto sobre la autonomía y la soberanía de los Estados –tesis de la *era de gobernanza possoberana* (Sholte, 1997:72).

[7]Como observa Taylor, existe abundante información sobre las relaciones entre el Reino Unido y Francia, pero muy poca sobre las relaciones entre Londres y París.

En la dimensión económica, muchos autores coinciden en la necesidad de una mayor investigación empírica sobre los cambios en la naturaleza y forma de los mercados financieros globales (tesis de la *financialización* de la economía), como contrapeso al pesimismo de los historiadores de la economía, como Hirst y Thompson (1999), sobre la realidad y la novedad de una "economía global más integrada" desde el punto de vista de la producción y del comercio.

En esta misma dimensión, vale la pena señalar que existe ya una abundante literatura sobre los cambios inducidos por la globalización en el mundo del trabajo. En efecto, los temas del *posfordismo* y la *japonización*, juntamente con los de la *flexibilización* y *precarización* del trabajo, han sido frecuentemente abordados por los economistas que analizan los mercados del trabajo (Cohen y Kennedy, 2000:60-77).

En fin, en el plano de lo que hemos llamado *infraestructura global* se han multiplicado, en nuestros días, las investigaciones sobre las nuevas tecnologías de información y comunicación (Freedman, 2006:275), y muy particularmente de la Internet, que ha generado espacios digitales de acceso público y de acceso privado, vinculados estos últimos con usos financieros y transnacionales. Se puede hablar ya de una incipiente "sociología de los espacios digitales globales" (Sassen, 2007:232).

Por último, queremos destacar, por su particular relevancia, la agenda de investigación propuesta por Saskia Sassen (2007) a la sociología en su reciente libro *A Sociology of Globalization*. Partiendo de la tesis de que lo global –trátese de una institución, un proceso, una práctica discursiva o un imaginario– simultáneamente trasciende el marco exclusivo de los Estados-naciones y, en parte, se incrusta en los territorios e instituciones nacionales, Sassen propone estudiar los fenómenos globales localizados dentro de los Estados nacionales con los métodos tradicionales de la sociología. De aquí se derivan las siguientes líneas de investigación posibles:

1. El estudio de la "incipiente desnacionalización de componentes específicos de las instituciones nacionales" que participan cada vez más en la agenda de la globalización, como los bancos centrales (cada vez menos dependientes de las autoridades estatales y más volcados en los mercados del capital global) y los ministerios de finanzas (como la Secretaría de Hacienda, en México) (Sassen, 2007:36, 51). El presupuesto subyacente es el papel y la participación creciente del Estado en el desarrollo de una economía global y, en menor medida, de otras formas de globalización (p. 48).
2. El estudio de las ciudades mundiales (línea de investigación ya examinada más arriba).
3. El estudio de las migraciones internacionales, en la medida en que bajo algunos aspectos dependen parcialmente de procesos globales. En este rubro, Saskia Sassen (2007:130 y ss.) propone superar la explicación tradicional de las migraciones en términos de "factores de expulsión y de atracción".
4. El estudio de las nuevas clases globales emergentes, que incluye no sólo a la nueva elite de los altos ejecutivos y los profesionales transnacionales, sino también a la nueva clase que surge de la proliferación de redes transnacionales de funcionarios gubernamentales (redes de expertos, autoridades judiciales, funcionarios de inmigración, oficiales de policía, etcétera) y a la clase emergente de trabajadores y activistas de escasos recursos, desfavorecidos por el sistema, en la que se incluyen también sectores clave de la sociedad civil global, redes diaspóricas y comunidades transnacionales de inmigrantes (Sassen, 2007:164 y ss.).
5. El estudio de los actores locales (no estatales), individuales y colectivos, que participan activamente en los foros de política global valiéndose de las nuevas tecnologías de información y comunicación, como la Internet (*activismo electrónico*). Aquí se incluyen los movimientos ecologistas, los altermundistas, el movimiento zapatista y las numerosas organizaciones no gubernamentales.

6. El estudio de las redes digitales, particularmente de las que dan soporte a lo que Saskia Sassen (2007:226 y ss.) llama *subeconomía interconectada* (*networked subeconomy*), en buena parte digitalizada y ampliamente orientada a los mercados globales, operando desde diferentes partes del mundo.

Como se echa de ver, la simple enumeración de los puntos incluidos en esta amplia agenda de investigación propuesta por Saskia Sassen pone de manifiesto la profunda renovación que la problemática de la globalización ha provocado no sólo en el campo de la sociología, sino también en el de las ciencias sociales consideradas en su conjunto.

Bibliografía

Abrahamson, Mark (2004). *Global Cities*. Nueva York/Oxford: Oxford University Press.

Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2003). *Immanuel Wallerstein. Crítica del sistema capitalista.* México: Ediciones Era.

Alasuutari, Pertti (2000). "Globalization and the Nation-State: An Appraisal of the Discussion". *Acta Sociológica*, vol. 43, pp. 259-269.

Anderson, Perry (1974a). *Passages from Antiquity to Feudalism.* Londres: Humanities Press.

Anderson, Perry (1974b). *Lineages of the Absolutist State*. Londres: New Left Books.

Bajoit, Guy (2003). *Le changement social*. París: Armand Colin.

Barber, Benjamin R. (1995). *Jihad vs. Mcworld: How Globalism and Tribalism Are Re-Shaping the World.* Nueva York: Random House.

Castells, Manuel (1999). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura,* t. I: "La sociedad red". México: Siglo XXI Editores.

Chase Dunn, Christopher y Thomas D. Hall (eds.) (1991). *Core/Periphery Relations in Precapitalist Worlds*. Boulder, Estados Unidos: Westview Press.

Cohen, Robin y Paul Kennedy (2000). *Global Sociology*. Nueva York: New York University Press.

Collins, Randall (1999). *Macro-History: Essays in Sociology of the Long Run.* Stanford, Estados Unidos: Stanford University Press.

Crane, Diana (1992). *The Production of Culture. Media and Urban Arts.* Newbury Park, Estados Unidos/Londres/Nueva Delhi: Sage Publications (Foundation of Popular Culture, vol. 1).

Eisenstadt, Shmuel N. (1963). *The Political System of Empires.* New Brunswick, Estados Unidos/Londres: Transaction Publishers.

Eisenstein, Zillah (2000). "Cyber Inequities". En John Beynon y David Dunkerley (eds.). *Globalizaton: The Reader.* Londres: Anthlone Press, pp. 212-213.

Freedman, Des (2006). "Internet Transformations". En James Curran y David Morley (eds.), *Media and Cultural Theory*. Londres/Nueva York: Routledge, pp. 275-290.

Friedman, John (1986). "The World City Hypothesis". *Development and Change*, vol. 17, núm. 1, pp. 69-83.

Garreton, Manuel Antonio (1999). *América Latina: Un espacio cultural en el mundo globalizado*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Giddens, Anthony (2001). *Sociology*, 4a. ed. Cambridge, Reino Unido: Polity Press/Blackwell.

Giménez, Gilberto (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales.* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Harvey, D. (1990). *The Condition of Posmodernity: An Inquire into the Conditions of Cultural Change.* Oxford, Reino Unido: Blackwell.

Held, David (ed.) (2000). *A Globalizing World? Culture, Economics, Politics*. Londres/Nueva York: Routledge.

Held, David *et al.* (1999). *Global Transformations: Politics, Economics and Culture.* Cambridge, Reino Unido: Polity Press.

Hirst, Paul y Grahame Thompson (1999). *Globalization in Question.* Cambridge, Reino Unido: Polity Press.

Huntington, Samuel P. (1996). *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order.* Nueva York: Simon & Schuster.

Ianni, Octavio (1996). *Teorías de la globalización.* México: Siglo XXI Editores.

Johnston, R. J., Peter J. Taylor y Michael J. Watts (eds.) (2002). *Geographies of Global Change: Remapping the World in the Late Twentieth Century.* Oxford, Reino Unido: Blackwell.

Lenski, Gerhard (1966). *Power and Privilege: A Theory of Social Stratification.* Nueva York: McGraw-Hill.

——— (2005). *Ecological-Evolutionary Theory: Principle and Applications.* Boulder, Estados Unidos: Paradigm Publishers.

Lull, James (2006). "The Push and Pull of Global Culture". En James Curran y David Morley (eds.), *Media and Cultural Theory.* Londres/Nueva York: Routledge, pp. 44-58.

Mann, Michael (1986). *The Sources of Social Power*, vol. I: "A History of Power from the Beginning to AD 1760". Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.

Mann, Michael (1993). *The Sources of Social Power*, vol. 2: "The Rise of Classes and Nation States, 1760-1914". Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.

Marx, Karl y Friedrich Engels (2007). *Manifiesto comunista*. Valladolid: Editorial Maxtor.

McGrew, Anthony (2000). "Power Shift: From National Government to Global Governance?". En David Held (ed.), *A Globalizing World? Culture, Economics, Politics*. Londres/Nueva York: Routledge, pp. 127-167.

Moore, Barrington (1966). *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World.* Boston: Beacon Press.

NUA Internet Surveys (Septiembre 1, 2005). *How many online?*, Jupitermedia Corporation. En http://www.nua.ie/surveys/how_many_online/index.html.

Ortiz, Renato (1997). *Mundialización y cultura.* Buenos Aires: Alianza Editorial.

Parnreiter, Christof (1998). "La ciudad de México: ¿Una ciudad global?". *Anuario de espacios urbanos*. México, D. F.: Universidad Autónoma Metropolina, unidad Azcapotzalco, pp. 21-52.

——— (2002). "The Making of a Global City". En Saskia Sassen (ed.), *Global Networks, Linked Cities.* Nueva York/Londres: Routledge, pp. 145-182.

Parsons, Talcott (1966). *Societies. Evolutionary and Comparative Perspectives*. Nueva Jersey: Prentice-Hall, Englewood Cliff.

——— (1971). *The System of Modern Societies.* Nueva Jersey: Prentice-Hall, Englewood Cliff.

Pérez Negrete, Margarita (2008). *La ciudad de México en la red mundial.* México: Universidad Iberoamericana.

Pieterse, Jan Nederveen (2004). *Globalization & Culture.* Lanham, Estados Unidos: Rowman & Littlefield Publishers.

Pogge, Thomas W. (1999). "Economic Justice and National Borders". *ReVision*, vol. 22, núm. 2, September.

Ribeil, Georges (1974). *Tensions et mutations sociales*. París: Presses Universitaires de France.

Sanderson, Stephen K. (1991). *The Evolution of Societies and World-Systems*. En Christopher Chase Dunn y Thomas D. Hall (eds.), *Core/Periphery Relations in Precapitalist Worlds*. Boulder, Estados Unidos: Westview Press.

——— (1999). *Social Transformations: A General Theory of Historical Development*. Lanham, Estados Unidos: Rowman & Littlefield.

Sassen, Saskia (2001). *The Global City: New York, London, Tokio.* Princeton, Estados Unidos: Princeton University Press.

——— (2007). *A Sociology of Globalization*. Nueva York/Londres: W.W. Norton & Company.

Scholte, Jan Aart (1997). "The Globalization of World Politics". En John Baylis y Steve Smith (eds.), *The Globalization of World Politics.* Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.

——— (2005). *Globalization: A Critical Introduction*. Nueva York: St. Martin's Press.

Sklair, Leslie (1991). *Sociology of the Global System.* Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Steward, Julian (1955). *Theory of Cultural Change: The Methodology of Mutilinear Evolution.* Urbana, Estados Unidos: University of Illinois Press.

——— (1977). *Essays on Social Transformation*. Urbana, Estados Unidos: University of Illinois Press.

Taylor, Peter J. (2004). *World City Network. A Global Urban Analysis.* Londres/Nueva York: Routledge.

———, Michael J. Watts y R. J. Johnston (2000). "Global Change at the End of the Twentieth Century". En R. J. Johnston, Peter J. Taylor y Michael J. Watts (eds.), *Geographies of Global Change: Remapping the World in the Late Twentieth Century.* Oxford, Reino Unido: Blackwell.

Thompson, John B. (1995). *The Media and Modernity.* Stanford, Estados Unidos: Stanford University Press.

Thrift, Nigel (2000). "A Hyperactive World". En R. J. Johnston, Peter J. Taylor y Michael J. Watts (eds.), *Geographies of Global Change.* Oxford, Reino Unido: Blackwell.

Turner, Jonathan H. (1985). *Herbert Spencer. A Renewed Appreciation.* Beverly Hills, Estados Unidos: Sage.

——— (1995). *Macrodynamics: Toward a Theory of Human Populations.* New Brunswick, Estados Unidos: Rutgers University Press.

——— y David E. Boyns (2006). "The Return of Grand Theory". En Jonathan H. Turner (ed.), *Handbook of Sociological Theory.* Nueva York: Springer, pp. 353-378.

Wallerstein, Immanuel (1983). *Dinámica de la crisis global*. México: Siglo xxi Editores.

——— (2003). *El moderno sistema mundial*, t. i, ii, iii. México: Siglo xxi Editores.

White, Leslie (1949). *The Science of Culture: A Study of Man and Civilization.* Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.

World Bank Policy Research Report (2002). *Globalization, Growth and Poverty.* Nueva York: World Bank/Oxford University Press.

Los no lugares empíricos

Marc Augé

Desde la publicación de mi libro *No lugares* en Francia en 1992, el proceso de urbanización del mundo ha continuado y se ha amplificado en los países desarrollados, en los subdesarrollados y en los que hoy llamamos países emergentes. Las megalópolis se extienden, por igual, a lo largo de las costas, de los ríos y de las vías de comunicación. Los tejidos urbanos, recordando la expresión del demógrafo francés Hervé Le Bras –es decir, aquellos espacios que al menos en Europa, donde el espacio es limitado, agrupan unas ciudades a las otras en grandes aglomeraciones–, albergan a una gran parte de sus habitantes y de su tejido industrial o comercial. Asistimos, pues, a un triple desplazamiento o, por así decirlo, a un descentramiento. Las grandes ciudades se definen principalmente por su capacidad de importar o exportar personas, productos, imágenes y mensajes. Especialmente, su importancia se mide según la calidad y amplitud de la red de autopistas o de las vías ferroviarias que las conectan con sus aeropuertos. Su relación con el exterior se inscribe concretamente en el paisaje, en el momento mismo en que los centros históricos son cada vez más un objeto de atracción para los turistas del mundo entero.

En las mismas viviendas, casas o apartamentos, el televisor y el ordenador han ocupado el lugar del hogar. Los helenistas nos han enseñado que sobre la casa griega clásica veneraban dos divinidades: Hestia, diosa del hogar, en el centro umbrío y femenino

de la casa; y Hermes, dios del umbral que mira hacia el exterior, protector de los intercambios y de los hombres que tenía en su monopolio. Hoy en día, el televisor y el ordenador han ocupado el lugar del hogar en el centro de la vivienda. Hermes ha sustituido a Hestia.

Al mismo tiempo, el individuo está desplazado respecto de sí mismo; se equipa de instrumentos que lo ponen en contacto constante con el mundo exterior más lejano; los teléfonos móviles son, a su vez, cámaras fotográficas, televisores, ordenadores; el individuo puede vivir singularmente en un ambiente intelectual, musical o visual, completamente independiente de su entorno físico más inmediato. Este triple desplazamiento corresponde a una extensión sin precedentes de lo que llamaré *los no lugares empíricos*, es decir, los espacios de circulación, consumo y comunicación. Sin embargo, a este respecto, conviene recordar que no hay no lugares en el sentido estricto del término. He definido como lugar antropológico todo espacio en el cual puedan leerse las inscripciones del vínculo social; por ejemplo, aquél donde se imponen estrictas reglas de residencia y de la historia colectiva, o bien, los lugares de culto. Estas inscripciones son, de forma evidente, menos comunes en los espacios marcados por el celo de lo efímero y el tránsito, lo que impide que, en el sentido absoluto del término, en la realidad no existan lugares ni no lugares; la pareja lugar/no lugar es un instrumento de medida del grado de sociabilidad y de simbolización de una expresión dada.

Ciertamente, los lugares de encuentro e intercambio pueden constituirse en lo que para otros sigue siendo un no lugar. Esta constante no presenta contradicción alguna con aquella otra de la extensión sin precedentes de los espacios de circulación, consumo y comunicación que corresponden al fenómeno que actualmente definimos con el término de globalización.

Esta extensión tiene consecuencias antropológicas importantes, pues la identidad individual y la colectiva se construyen siempre en relación y en negociación con la autoridad. Por lo tanto,

a partir de aquí, el conjunto del campo planetario se abre simultáneamente a la investigación de los mundos contemporáneos por parte del antropólogo. De este modo, ciertos temas y fenómenos pueden ser abordados desde un nuevo punto de vista: la mundialización. El ideal de un mundo sin fronteras siempre se les presentó a los más sinceros humanistas como el ideal de un mundo en el que serían abolidas todas las formas de exclusión. Ahora bien, el mundo actual se nos presenta, a menudo, como un mundo cuyas antiguas fronteras han sido borradas. ¿Quiere esto decir que nos hemos acercado al ideal humanista del universalismo? Obviamente, las cosas no son tan simples y, con el fin de esclarecerlas un poco, creo de gran importancia reflexionar en tres direcciones.

Actualmente existe una ideología de la globalidad sin fronteras, que se manifiesta en los más diversos sectores de la actividad humana mundial. La globalidad actual es una globalidad en red que produce efectos de homogeneización, pero también de exclusión. La noción de frontera sigue siendo rica y compleja; no significa necesariamente tabiquería y separación. Probablemente, el ideal de un mundo igualitario no pasa por la abolición de todas las fronteras sino por su reconocimiento.

El término mundialización implica dos órdenes de realidades: por un lado, remite a lo que llamamos globalización, que corresponde a la extensión, sobre toda la superficie del globo, del mercado llamado liberal y de redes tecnológicas de comunicación e información; por otro lado, remite a lo que podríamos llamar la conciencia planetaria, que a su vez comporta dos aspectos: cada día somos más conscientes de habitar un mismo planeta, cuerpo físico, frágil y amenazado, infinitamente pequeño, en un universo infinitamente grande. Esta conciencia planetaria es una conciencia ecológica y preocupante: compartimos un espacio reducido que no cuidamos. Por otro lado, también somos conscientes de la separación cada día mayor entre los más ricos de los ricos y los más pobres de los pobres. Esta conciencia planetaria es, pues, una

conciencia social e infeliz. Finalmente, a escala mundial, la diferencia aumenta en términos absolutos y relativos entre los que ni siquiera pueden acceder a la alfabetización y los que tienen acceso a las grandes hipótesis sobre la constitución del universo o la aparición de la vida. Por otro lado, convendría añadir que, globalmente hablando, el patrimonio filosófico de la humanidad parece en riesgo de perderse y que, para protegerse de la violencia, la injusticia y las situaciones de desigualdad, el repliegue –a menudo crispado– sobre formas religiosas más o menos gastadas y más o menos intolerantes, sirve hoy de referencia a una parte considerable de la humanidad.

¿Cómo invertir la tendencia? Ciertamente no con un toque de varita mágica ni con votos piadosos. Hoy en día, la utopía última es la educación si se quiere evitar que el saber y la ciencia se concentren exclusivamente en los mismos polos que el poder y la riqueza en el cruce de diversas redes del sistema global. El término globalización, por su parte, se refiere a la existencia de un mercado mundial liberal o supuestamente tal, y de una red tecnológica generalizada a toda la tierra, pero a la que un gran número de individuos todavía no tienen acceso. El mundo global es, por tanto, un mundo en red; es decir, un sistema definido por parámetros espaciales, pero también económicos, tecnológicos, científicos y políticos.

La dimensión política ha sido cuestionada por Paul Virilio en varias obras y, particularmente, en su libro *La bomba informática* (1998). En esta obra, Virilio analiza la estrategia del Pentágono estadounidense y su concepción de la oposición entre lo global y local. Lo global, según Virilio, es el sistema considerado desde el punto de vista del sistema. Por tanto, lo global es el interior y, siempre desde este punto de vista, lo local es el exterior. En el mundo global, lo global se opone a lo local, como el interior a lo exterior. Lo local tiene, por definición, una existencia inestable, o bien es una simple reducción de lo global. Hablamos quizá de *glocal* y, por tanto, la noción de frontera desaparece, o bien lo local

perturba el sistema y está sometido, en términos políticos, a la jurisdicción del ejercicio del derecho de injerencia.

Cuando el filósofo Foucault evoca lo que él llama el fin de la historia para subrayar que la asociación democracia representativa-economía liberal es intelectualmente insuperable, introduce, al mismo tiempo, la oposición entre sistema e historia, que reproduce aquella otra entre global y local. En el mundo global, la historia, en el sentido de una crítica del sistema, no puede venir sino del exterior; es decir, de lo local. El mundo global supone, al menos idealmente, la desaparición de las fronteras y los conflictos. Esta eliminación de las fronteras se convierte en un espectáculo de la mano de las tecnologías de la imagen y de la disposición del espacio. Los espacios de circulación, consumo y comunicación se multiplican sobre el planeta, haciendo visible la existencia de la red. La historia es el alejamiento en el espacio y el tiempo; está fijada en representaciones de diversos órdenes, que hacen de ella un espectáculo para el presente, especialmente para los turistas que visitan el mundo. El alejamiento cultural y geográfico –el alejamiento en el espacio– corre la misma suerte. El exotismo, que siempre ha sido una ilusión, deviene doblemente ilusorio en cuanto es puesto en escena. Las mismas cadenas hoteleras y de televisión estrechan el globo para darnos la sensación de que el mundo es uniforme, es el mismo, y que sólo cambian los espectáculos como en Broadway o Disneylandia.

La urbanización

La urbanización del mundo corresponde a la expansión de las grandes metrópolis y, a lo largo de las costas y las vías de circulación, a las de los hilos urbanos de los que hemos hablado. El hecho de que la vida política y económica del planeta dependa de centros de decisión situados en las grandes metrópolis mundiales, todas ellas interconectadas y constituidas conjuntamente –una suerte de metaciudad virtual, según la expresión de Paul

Virilio–, completa este cuadro. El mundo es como una inmensa ciudad, pero también es cierto que toda gran ciudad ya es un mundo, incluso una recapitulación, un resumen del mundo con su diversidad étnica, cultural, religiosa, social y económica. Estas fronteras o tabiquerías de las cuales podríamos olvidar su existencia en el fascinante espectáculo de la globalización, las reencontramos evidentes, despiadadamente discriminantes en el tejido urbano, extrañamente abierto y desgarrado.

A propósito de la ciudad, hablamos de los barrios difíciles, de guetos de pobreza y subdesarrollo. Actualmente, una gran metrópoli recibe y tabiquea todas las diversidades y desigualdades del mundo. Encontramos indicios de subdesarrollo en una ciudad como Nueva York, así como también pueden encontrarse barrios de negociación conectados a la red mundial en las ciudades del Tercer Mundo. La ciudad-mundo relativiza o desmiente por sí sola las ilusiones del mundo-ciudad. Muros, separaciones, barreras, aparecen a escala local y en nuestros hábitos espaciales más cotidianos. En América hay ciudades privadas; en El Cairo hay también barrios privados que se pueden encontrar igualmente en Europa, y en América Latina vemos barrios privados en los que no podemos entrar sin justificar nuestra identidad. Además nos hemos acostumbrado a que los inmuebles que habitamos en la ciudad estén protegidos por códigos de acceso. No accedemos al consumo sino a través también de la ayuda de códigos, llámense tarjetas de crédito, teléfonos móviles o tarjetas especiales diversas. Visto a escala individual y del corazón de la ciudad, el mundo global es un mundo de la discontinuidad y lo prohibido. En cambio, la estética dominante es una estética de la distancia, que tiende a hacernos ignorar todos esos efectos de ruptura. Las fotos tomadas por los satélites de observación y las vistas aéreas nos acostumbran a una panorámica global de las cosas; las torres de oficinas o de vivienda educan la mirada como lo hace el cine o la televisión; la circulación de los automóviles en las autopistas, el despliegue de los aviones en las pistas de los

aeropuertos, etcétera, nos dan una imagen del mundo tal como nos gustaría que fuese, pero esa imagen desaparece en cuanto lo observamos de cerca.

La noción de frontera

Por otra parte, cuando evocamos el ideal de un mundo sin barreras ni exclusión, no es cierto que sea la noción de frontera la que está en juego. La historia de la población humana es la historia del tránsito de lo que llamamos las fronteras naturales: ríos, océanos, montañas. La frontera ha frecuentado el imaginario de las poblaciones que colonizan la tierra. La primera frontera es el horizonte. A partir de los viajes de descubrimiento siempre ha existido, en el imaginario occidental, un oriente misterioso, un ultramar ilimitado o un lejano *western*. La frontera es la amenaza que inquieta o fascina en las novelas de Dino Buzzati. Ciertamente, las fronteras han sido transitadas con frecuencia por conquistadores que atacaban y dominaban a otros humanos, pero este riesgo es inherente a todas las relaciones humanas en cuanto son impuestas por relaciones de fuerza. El respeto de las fronteras, en este sentido, es el garante de la paz. La noción de frontera marca la distancia mínima y necesaria que debería existir entre los individuos para que sean libres de comunicarse tal como ellos se entienden.

La lengua no es una barrera infranqueable: es una frontera. Aprender la lengua del otro es establecer con él una relación simbólica elemental; respetarlo y reconocerlo; cruzar la frontera. Una frontera no es un muro que prohíbe el paso, sino un umbral que invita a pasar. No es casual que en todas las culturas del mundo, los puntos de encuentro, los cruces y los límites hayan sido objeto de una intensa actividad ritual. Tampoco es casual que los humanos hayan desarrollado una intensa actividad simbólica para pensar el paso de la vida a la muerte como una frontera. La idea de que la frontera puede ser transitada en ambos sentidos

nos muestra que la frontera no suspende, de manera definitiva, la relación entre unos y otros. Por tanto, nuestro ideal no debería ser un mundo sin fronteras sino el de un orbe donde todas las fronteras fueran reconocidas, respetadas y transitables; es decir, un mundo donde el respeto de las diferencias comenzaría con la igualdad de los individuos, todos los individuos, independientemente de su origen o sexo.

La arquitectura

En la relación del mundo-ciudad y la ciudad-mundo podría aparecer el sentimiento ya expresado por Paul Virilio, a principios de los ochenta del siglo XX, en su libro *Estética de la desaparición*. Ciertamente, lo urbano se extiende por todos lados, pero los cambios en la urbanización del trabajo, la precariedad –esa versión negra de la movilidad– y las tecnologías –que a través de la televisión o la Internet imponen a cada individuo, en lo más profundo de su intimidad, una imagen de un centro multiplicado y omnipresente– suprimen toda pertenencia a oposiciones del tipo ciudad-campo y urbano-no urbano. La oposición entre el mundo-ciudad y la ciudad-mundo es paralela a la del sistema y la historia. Es, por así decirlo, la traducción espacial concreta.

La preeminencia del sistema sobre la historia y de lo global sobre lo local tiene consecuencias también en los campos de la estética, el arte y la arquitectura. Los grandes arquitectos se han convertido en *vedettes* internacionales. Cuando una ciudad aspira a figurar sobre la red mundial, confía a algún gran arquitecto la construcción de un edificio que tendrá valor de monumento y testimonio. Probará su presencia en el mundo, es decir, su existencia en la red, en el sistema. Incluso si los proyectos arquitectónicos tienen en cuenta, en principio, el contexto histórico o geográfico, son rápidamente incluidos por el consumo mundial.

Es el flujo de turistas venidos de todo el mundo el que sanciona su éxito. El color global, en este sentido, borra el color local.

Las obras arquitectónicas son singularidades que expresan la visión de un autor singular y se liberan del particularismo local; manifiestan un cambio de escala; con todos esos arquitectos se trata de lo local-global; lo local con los colores de lo global; la expresión del sistema, de su riqueza y ostentosa afirmación.

Cada uno de estos proyectos tiene oficialmente sus justificaciones locales e históricas particulares, pero, a fin de cuentas, su prestigio proviene del reconocimiento mundial del que son objeto. Por el contrario, algunos arquitectos insisten en la particularidad de cada proyecto en su lugar, pero estos alegatos en forma de negativa no impiden que la gran arquitectura mundial se inscriba globalmente en la estética actual, una estética de la distancia que tiende a hacernos ignorar todos los efectos de ruptura. Aquí es donde aparece la paradoja. En cierto sentido, la arquitectura es una manifestación del sistema. Probablemente constituye su expresión más caricaturesca, por ejemplo, en el Times Square; cuando generaliza la estética de los parques de atracciones como Disneylandia, donde triunfa el reino de la imagen y la ficción, o cuando las ciudades rivalizan para construir la torre más alta del mundo, pero no puede negarse el espectacular resplandor de ciertas obras arquitectónicas.

Si en un sentido la arquitectura sustituye las ilusiones de la ideología del presente y participa en la estética de la transparencia y del reflejo de la altura y la armonía, en la estética de la distancia –que deliberadamente o no mantiene estas ilusiones y expresa el triunfo del sistema sobre los puntos más fuertes de la red planetaria– también cobra, de igual modo, una dimensión utópica. En sus obras más significativas, la arquitectura parece hacer alusión a una sociedad planetaria todavía ausente. Propone fragmentos brillantes de una utopía rota en la que no me gustaría creer; de una sociedad de la transparencia que todavía no existe en ningún lugar. Al mismo tiempo, la arquitectura señala algo que pertenece al orden de la utopía y la ilusión, describiendo, a grandes rasgos, un tiempo que todavía no ha llegado y que probablemente

no llegue nunca, pero que permanece en el orden de lo posible. En este sentido, la relación expresada en el tiempo por la gran arquitectura urbana contemporánea reproduce e invierte la relación en el tiempo que expresa el espectáculo de las ruinas. Lo que percibimos en ellas es la imposibilidad de imaginar completamente lo que representaban para los que las miraban cuando todavía no eran ruinas. Ellas no nos muestran la historia sino el tiempo, el puro tiempo. Lo que es cierto del pasado también puede serlo del futuro. La noción del tiempo como tal es la percepción actual de una carencia que estructura el presente orientándolo hacia el pasado o hacia el futuro. Esta percepción la encontramos por igual en el espectáculo de la Acrópolis en Atenas o en el Museo de Bilbao. La arquitectura, al contrario de la ideología del presente en la cual se inscribe, parece así restituirnos el sentido del tiempo y hablarnos del futuro, de un futuro virtual.

La frontera entre el interior y el exterior; entre el aquí y el afuera

Voy a hablar acerca de nuestra dificultad intelectual para pensar conjuntamente parejas, como continuidad y discontinuidad, local y global, lugar y no lugar, el arte y la creación artística en general. Si actualmente la cuestión de la creación artística en nuestra historia resulta difícil de identificar, es precisamente porque el tiempo se acelera y se sustrae y porque el recurso del lenguaje temporal por el lenguaje espacial, la primacía del código, prescribe los comportamientos sobre lo simbólico, que construye las relaciones y tiene efectos directos sobre las condiciones de la creación artística.

El mundo que rodea al artista y la época en la que vive no relega sino bajo formas mediatizadas que constituyen por sí mismas los efectos, los aspectos y los motores del sistema global. Este sistema es su propia ideología. Funciona como unas instrucciones de uso. Hace literalmente de pantalla a la realidad, en la cual se

sustituye o más bien tiene lugar. La inquietud y el desasosiego de los artistas ante esta situación son también los nuestros, o más bien, tienden a redoblar los nuestros y sucede que nos interrogamos sobre qué tienen que decirnos.

Otro elemento de confusión y libertad simultáneas nos remite precisamente a la dificultad que de ahora en adelante existe para cruzar la frontera entre el aquí y el afuera. La antropología cultural utilizaba, en sus comienzos, la noción de rasgo cultural, que podría ser una invención material, un modo de coacción, una técnica de pesca o de caza, un adorno corporal o inmaterial, un rito, un dios, una institución. La circulación y difusión de estos rasgos eran consideradas como una de las explicaciones del cambio en el interior de los grupos humanos en el mundo. La cuestión siempre ha sido la de saber cuáles serán las partes respectivas de la difusión y la evolución en este proceso.

En el mundo contemporáneo, los caminos de la cuestión han cambiado de forma radical. Desde la colonización ya no hay ninguna oportunidad de poder observar una evolución autónoma de un grupo humano cualquiera. Por acuerdo o a la fuerza, la humanidad se ha convertido objetivamente en solidaria. La existencia de un mercado accede a la circulación y el intercambio de bienes de cualquier tipo. La pertenencia a la red planetaria es la condición necesaria para la prosperidad económica y la dignidad política. Desde ese punto de vista, la demanda de la que los grandes arquitectos mundiales, americanos, italianos, franceses, holandeses, son hoy el objeto por parte de numerosas ciudades de todos los continentes, o la pretensión de los países emergentes de controlar la tecnología nuclear suscribe la misma lógica.

Al mismo tiempo, sucede que cada día es más difícil distinguir entre el exterior y el interior; el aquí y el afuera. Ha sido Paul Virilio quien ha aterrizado sobre esos asuntos, refiriéndose a la estrategia del Pentágono estadounidense para oponer, como hemos visto, las barreras global-interior y local-exterior. Desde este punto de vista, se comprenderá bien que la cuestión de los

préstamos, las influencias o los intercambios en los diferentes campos de la creación puede revelarse más compleja de lo que parece. ¿Se trata de una nueva forma de uniformidad, incluso de dominación? Para intentar responder a esta pregunta, sin duda hay que reflexionar desde un enfoque sobre esta cuestión del aquí y el afuera. Una de las grandes divisiones del mundo actual es la de la riqueza y la pobreza, que no se reduce a la oposición de un mundo desarrollado y uno subdesarrollado. En este sentido, hay zonas subdesarrolladas en los países ricos y sectores desarrollados en algunos países pobres. Esto no impide que nuestra época esté marcada por todos los esfuerzos que realizan numerosos individuos de los países del sur para acceder a la tierra prometida del norte.

En estas condiciones, la cuestión de los diversos préstamos a los que los creadores pueden acceder en los campos de la arquitectura, el diseño, la moda o la gastronomía es evidentemente una cuestión de lujo, que se da esencialmente en la parte más desarrollada del mundo. Siempre ha sido así. En el siglo XVI, el Renacimiento, primero italiano y después francés, pasó por una vuelta a la antigüedad grecolatina, que reedificó la tradición cristiana, y también por relaciones lejanas –con América, África y China– en las que Levi-Strauss ha podido ver la fuente de la vitalidad y el dinamismo europeo de aquella época. El aquí en esta perspectiva era claramente Europa, y el afuera, el resto del mundo. ¿Han cambiado realmente las cosas? Sí y no, en el sentido de que siempre ha habido un centro del mundo, pero que se ha desmultiplicado y, en alguna medida, desterritorializado.

Conclusión

La metaciudad virtual de la que habla Virilio refleja, a la vez, todas las megápolis del mundo de las que las más influyentes, así como la red de intercambios de comunicación e información que las conectan, se encuentran principalmente –pero no en forma

exclusiva– en América, Japón y Europa. Por otro lado, actualmente se habla mucho más de las ciudades que de los países en los que se inscriben. Es, pues, importante distinguir las situaciones. En un sentido, todo circula y encontramos de todo en todos los lugares. De este modo, por ejemplo, en Brasil, etnias que creíamos desaparecidas han reaparecido porque el gobierno brasileño ha desarrollado una política de dotación de tierras a los grupos étnicos socialmente constituidos. De esta manera, individuos mestizos dispersos y hacinados se han reunido y reinventado con base en recuerdos, improvisaciones, reglas comunes y ritos. Para sus ceremonias han recurrido, a menudo, a objetos que normalmente circulan en el mercado de origen asiático. Así, se trata de una difusión de rasgos materiales al servicio de una reinvención cultural. El regreso a las fuentes se sirve de fuentes exteriores. Por otro lado, no hay nada allí de verdaderamente inédito y puede imaginarse que los grupos y los cultos en el mundo entero se han constituido siempre sobre la base de un *collage* del mismo género. Lo que sí es nuevo es el carácter eventualmente muy alejado de las fuentes, lo que refleja una nueva organización del planeta.

En los campos de la arquitectura, el arte o el diseño –ámbitos que coinciden y se cubren parcialmente–, el juego con las formas o los objetos lejanos no se deriva de los mismos obstáculos: procede de una elección deliberada y cobra sentido en medios privilegiados y conscientes de las inmensas posibilidades que ofrece, teórica e idealmente, la apertura del planeta en todos los aspectos. Es signo de un eclecticismo inspirado en la vocación humanista, opuesto a los monopolios culturales y al etnocentrismo. No obstante, la dificultad a la cual se enfrentan los defensores de tal eclecticismo con todos los artistas de hoy en día es la extrema flexibilidad del sistema global, extraordinariamente apto para recuperar todas las declaraciones de independencia y todas las búsquedas de originalidad. Apenas formuladas las reivindicaciones de pluralismo, diversidad, recomposición, redefinición de los criterios y apertura a las diferentes culturas, son aceptadas,

proclamadas, banalizadas y representadas por el sistema, es decir, concretamente, por los *media*, la imagen, insistencias políticas y demás.

La dificultad del arte, en el sentido más amplio, siempre ha sido la de tomar distancia respecto de un estado de la sociedad que debe representar. A pesar de que quiera ser comprendido por los hombres y mujeres a los que está dirigido, el arte debe expresar la sociedad, es decir, el mundo actual, pero debe hacerlo de manera explícita y directa; no puede ser sólo una expresión pasiva, un aspecto de la situación; debe ser reflexivo y expresivo si pretende mostrarnos otra cosa que lo que tenemos diariamente ante los ojos, por ejemplo, en los supermercados o en la televisión. Las condiciones actuales hacen a la vez más necesaria y difícil esta diferencia entre expresión y reflexión, que concierne, de manera evidente y en primer lugar, al eclecticismo paradójico del recurso al exterior en un mundo donde ya no hay afuera. Hoy en día, los artistas y los escritores probablemente están condenados a buscar la belleza de los no lugares; a descubrirla resistiendo a las aparentes evidencias de la actualidad. Se esfuerzan en reencontrar el carácter enigmático de los objetos, de las cosas desconectadas de todo modo de empleo, representando y tomando como objeto los *media*, que pretenderían hacerse pasar por mediaciones, rechazando el simulacro.

Los arquitectos, por su parte, tienen dos escapatorias: algunos están directamente constreñidos por la miseria del mundo y la urgencia de alojamiento de la construcción o la reconstrucción; otros tienen la oportunidad de acometer frontalmente los espacios de la comunicación, la circulación y el consumo; es decir, los no lugares empíricos. Los aeropuertos, las estaciones, los viaductos y ciertos hipermercados son imaginados ahora por los más grandes arquitectos como el espacio común, susceptible de hacerles sentir, a los que lo utilizan a título de usuarios, pasajeros o clientes, que ni el tiempo ni la belleza están ausentes en su historia. Así, son fragmentos de utopía a la imagen de nuestra

época, dividida entre la pasividad, la angustia y, a pesar de todo, la esperanza o al menos la espera. La ciudad, más que nunca, es el lugar de esta espera. Sus formas nuevas evocan el doble horizonte de nuestro porvenir: la utopía de un mundo unificado, un mundo-sociedad, y el sueño del universo por explorar y conocer. El planeta Tierra se vuelve cada día más una gran nave espacial. Mañana, la periferia del planeta, la Luna, Marte, serán formas urbanas concebidas sobre la Tierra y entenderemos por fin que el paisaje de nuestras grandes ciudades era, desde hace mucho tiempo, la imagen de nuestro futuro.

El futuro de la cultura visto desde las investigaciones sobre los jóvenes

Néstor García Canclini

El propósito de la conferencia es hablar un poco sobre las investigaciones referidas a los jóvenes, realizadas en los últimos años en México, y pensar, desde ahí, cuál es el futuro de la cultura, a partir de las transformaciones que estamos conociendo en la actualidad. Pero, claro, podríamos preguntarnos si es posible, si es sensato animarnos a predecir el futuro en un tiempo de tantos cambios imprevistos. ¿Quién podría anticipar hace más de 20 años, antes de 1989, que en ese año caería el muro de Berlín? Estamos viviendo, desde los últimos meses de 2008, una catástrofe mundial de la economía, que no fueron capaces de prever los gobernantes y economistas mejor informados. Específicamente, ¿vale la pena arriesgarnos a pronosticar el futuro de la cultura, si la propia noción de cultura se ha transformado aceleradamente en las últimas décadas? Hemos pasado de la cultura, entendida como educación elevada, información vasta y refinamiento, a otro concepto que podemos decir que deriva de la antropología y que ha identificado la cultura con todo lo hecho por el hombre. Luego, diríamos que a partir de los años ochenta y del giro semiótico de las ciencias sociales se definió la cultura como la dimensión de la vida social que tiene que ver con la significación, es decir, el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación en cada sociedad.

En los años recientes han cambiado radicalmente los escenarios en los que se constituye, circula y se accede a la significación social, es decir, la cultura. Los procesos de globalización redujeron el papel de los contextos nacionales y locales. La mayor parte de los textos e imágenes que recibimos cada día proceden de redes transnacionales. Al mismo tiempo, las interacciones culturales cara a cara o el consumo de bienes simbólicos en ámbitos locales disminuye ante el avance de productos industrializados semejantes en todo el mundo, como los videodiscos y películas, y crece la interconexión a distancia a través de redes digitales. Algunos autores argumentan que estas transformaciones en la producción y el acceso a la cultura generadas por la industrialización y la globalización se presentan con mayor evidencia en los ámbitos culturales de los jóvenes. Por ello, estudiar los comportamientos de éstos sería una forma de comenzar a ver hacia dónde va el mundo. El crecimiento exponencial de las investigaciones sobre jóvenes atestigua este interés por el sentido estratégico de este sector y a la vez proporciona información novedosa sobre los comportamientos de las nuevas generaciones en las que se estaría anticipando el porvenir.

La velocidad de los cambios lleva a preguntarnos si desaparecerán ciertos hábitos culturales, es decir, a pensar sobre las discontinuidades y descontinuidades. Nosotros, los profesores, los que hemos sido formados en otra cultura, nos preguntamos qué tenemos que cambiar para entender lo que está transformándose. De algún modo, estas discontinuidades culturales y entre generaciones están hablando de una alteración de las jerarquías, de cómo las tecnologías nuevas están modificando las relaciones entre lo que sabemos y lo nuevo que necesitamos aprender, pero este es sólo uno de los puntos en los que se problematiza cómo investigar las culturas de los jóvenes.

Yo quisiera plantear dos aspectos que aparecen en las discusiones actuales. Por ejemplo, en un grupo de investigación en el que planeamos la obra *Jóvenes mexicanos. Encuesta nacional de juventud*

2005[1] –que se aplicó en todo el país, y a la que me voy a referirme un poco más adelante para que conozcamos los resultados–, uno de los problemas que se nos planteaba era ¿de quiénes estamos hablando cuando nos referimos a los jóvenes? ¿Cuántas clases de jóvenes hay en México? Este modo de averiguar en qué consiste ser joven parece dejar atrás la pregunta de las humanidades sobre cuál sería la esencia de la juventud o lo juvenil. Incluso este modo de preguntar cuántas clases de jóvenes hay está yendo más allá de las investigaciones que durante mucho tiempo se desarrollaron en los campos de las humanidades y las ciencias sociales, especialmente los estudios demográficos y estadísticos donde se discutía, sobre todo, qué periodo de vida estamos abarcando en la definición. Algunos se refieren como jóvenes a la población de 12 a 25 años; otros, a la de 18 a 29; otros llevan hasta los 35 años la juventud o hacen otras combinaciones numéricas. Tomar una decisión sobre el universo que se va a considerar es indispensable al comienzo de cualquier investigación, como lo hizo, por ejemplo, la *Encuesta nacional de jóvenes* de 2005 en México, al seleccionar a los mexicanos de entre 12 y 29 años. Pero ya en los resultados de esa encuesta, como en los estudios hechos en países más homogéneos que México, se evidencia la enorme diversidad que incluye la condición juvenil. Por tanto, la dificultad de hablar de jóvenes en general –si bien la diferenciación de los miembros de cada sociedad por edades es una tarea necesaria–, el delimitar de ese modo lo que acontece con los jóvenes es insuficiente y deja demasiados problemas sin resolver, como las fronteras entre las etapas de la vida, que son asociadas a transiciones de un estado a otro. La detección de esos pasajes cada vez más móviles pone a la vista la dificultad de establecer cuándo se comienza a ser joven o cuándo se sale de esa condición. ¿La juventud se inicia al finalizar la escuela primaria o cuando se ingresa en el primer trabajo? ¿Se abandona la juventud cuando se deja el hogar paterno o se tiene el primer

[1]Instituto Mexicano de la Juventud (2007). *Jóvenes mexicanos. Encuesta nacional de juventud 2005*. México: IMJ.

hijo? Estas incertidumbres acerca del comienzo de la juventud o su finalidad se deben a la variabilidad de los acontecimientos de tránsito en las sociedades actuales.

Así, por ejemplo, en los países latinoamericanos puede comenzarse a trabajar a los ocho o 10 años. A la inversa, estudios europeos estiran la juventud, a veces, hasta los 35 años o más porque consideran los porcentajes de jóvenes con trabajo que viven con sus padres. Es necesario, por tanto, identificar las condiciones de empleo, competencia, individualización o de resistencia, en las que sectores de los jóvenes van diferenciándose y prolongando su juventud como estudiantes permanentes, mientras que otros acortan esta etapa debido a que las jornadas laborales extensas desgastan sus habilidades físicas y prematuramente los convierten en jóvenes viejos o jóvenes muertos.

En un libro titulado *Los jóvenes en México* (FCE/Conaculta, 2010), la coordinadora de la obra, Rossana Reguillo, señala que

> existen claramente dos juventudes: una mayoritaria, precarizada, desconectada no sólo de lo que se denomina la sociedad red o sociedad de la información, sino desconectada o desafiliada de las instituciones o sistemas de seguridad como la educación, la salud, el trabajo, sobreviviendo apenas con los mínimos; y otra juventud minoritaria, conectada e incorporada a los circuitos e instituciones de seguridad y en condiciones de elegir.

Luego, la misma autora habla de otras diferencias: de género, clase, estancias de inscripción, del yo juvenil, inserción en el crimen organizado y en el mercado de trabajo y de consumo, aunque intenta construir el concepto abierto de condición juvenil para poder examinar, en conjunto, las variadas formas de ser joven. Todo este libro va sumando diversidades: jóvenes empleados, desempleados, indígenas, rurales, pandilleros, rockeros, *punks*, *emos*.

Otra pregunta: ¿en qué sentido podemos decir que los jóvenes anticipan el futuro? Se viven ellos como avanzar al porvenir.

Nunca fue convincente la frase que sostenía que los jóvenes son el futuro. Ahora, muchos están en los carriles centrales de la vida contemporánea. Cada vez más jóvenes son gerentes de industrias, crean empresas innovadoras en áreas estratégicas, como la informática, los servicios digitalizados y los entretenimientos audiovisuales. En las nuevas generaciones se concentra el mayor número de consumidores de música, videos y tecnología de punta; los que atienden al público en los negocios más dinámicos; los jefes de bandas de narcotráfico y redes de piratería; quienes nutren las imágenes de la moda, el arte y la publicidad.

Pero los jóvenes también son protagonistas del presente porque aportan los mayores porcentajes a las estadísticas del desempleo y el empleo informal; a las caravanas de inmigrantes; a las estadísticas de la muerte violenta como soldados, sicarios o simples víctimas de la violencia urbana. En estos casos, los jóvenes son el presente no sólo en el sentido de que no hay que esperar el porvenir para que se realicen, sino porque tienen poco futuro. En *Jóvenes mexicanos. Encuesta nacional de juventud 2005*, se propusieron varias frases para que los jóvenes eligieran aquélla con la que más se identificaran, y la preferida por más de la mitad de los entrevistados fue: "El futuro es tan incierto que es mejor vivir al día".

La relación entre pasado, presente y futuro en la vida de los jóvenes es distinta de lo que se concibió en la cultura de la modernidad. A partir de la Ilustración y hasta hace pocas décadas, la modernidad se caracterizó por un proceso histórico más o menos evolutivo de la economía campesina a la industrial, de lo rural a lo urbano. Se imagina una expansión incesante de la sociedad, así como la emancipación de las mayorías mediante el avance del conocimiento científico, la educación generalizada y la democratización de la política, que ampliaría la participación social. Esta concepción evolucionista fue criticada por el pensamiento y el arte posmoderno y, sobre todo, fue desafiada por un proceso globalizador, que acentuó la interdependencia entre las sociedades de mayor y menor desarrollo sin modificar las diferencias y, a

veces, agrandando las desigualdades. Los principios de la modernidad, sea capitalista o socialista, se han ido derrumbando como el muro de Berlín y, sobre todo, con las guerras del siglo XX y las últimas guerras insensatas de Irak y Afganistán, así como con las catástrofes económicas recientes.

¿Qué sentido tiene decir que los jóvenes son el futuro, como quien afirma que lo mejor está por venir? Entonces podríamos preguntarnos, por ejemplo, cuántas culturas y sociedades vamos a tener en el futuro. Las investigaciones internacionales sobre jóvenes muestran que vivimos varios tipos de modernidad y organización social y cultural simultáneamente. Esta diversidad de presentes y, por tanto, de futuros se manifiesta cuando vemos cómo consiguen trabajo los jóvenes, cómo y dónde obtienen lo que necesitan para consumir, cómo valoran a los políticos y de quiénes toman decisiones.

En varios países, los estudios sobre jóvenes revelan que los políticos están entre los actores sociales con peor valoración. En la encuesta mexicana que ya citamos, la mitad de los jóvenes de entre 12 y 24 años no simpatizan con ningún partido. Cuando se les preguntó para qué sirve la democracia, apenas 15% dijeron que para resolver injusticias, frente a casi 50% que sólo la ven útil para algo formal: elegir a los gobernantes. Si la política es el campo donde se deciden colectivamente los asuntos públicos con vistas a construir un futuro mejor, podemos suponer que existe una articulación lógica entre la instalación en un presente sin perspectiva histórica y el desinterés en lo político. Esta conexión es reforzada por los datos sobre las condiciones de vida de las nuevas generaciones. Los trabajos que consiguen los jóvenes son cada vez más precarios. En muchas empresas aprenden rápido que la exigencia de flexibilidad laboral está ligada no tanto a las políticas de producción o necesidad social sino a los juegos inestables de la especulación financiera internacional. La situación extrema es la de los centenares de miles de jóvenes que no encuentran empleos durables o adecuados a su calificación y deben

optar por la migración. Entre los universitarios, muchos lo comprueban al tener que trabajar en actividades distintas de aquéllas para las cuales se capacitaron, o al decepcionarse al punto de dejar su país. En niveles más bajos, este panorama desolador lo vemos en la deserción escolar causada por la urgencia de trabajar desde pequeños y la extendida percepción de que la educación no garantiza empleo ni estabilidad.

Por otro lado, las dificultades para insertarse en el mercado laboral, la precariedad en los empleos y la deserción escolar conducen a la desesperanza a muchos jóvenes respecto de lo que puede obtenerse de la esfera pública regida por leyes. Según la *Encuesta nacional de juventud 2005*, 31.6% de los jóvenes consiguen trabajo por medio de un amigo, y 37%, porque un familiar los contrata o les consigue dónde hacerlo; es decir, aproximadamente 68% de los jóvenes mexicanos no acceden a mercados laborales formales de una manera sistemática y a través de canales también formales. En las ciudades, como dijimos, el campo del autoempleo familiar es la principal vía para alcanzar ingresos, seguido de la intermediación de un pariente o un conocido.

En las prácticas de consumo encontramos que también prevalecen los recursos informales de la vida social. Cuando los jóvenes compran ropa, música y películas, acuden a vías ilegales o al menos no incluidas en la organización oficial de la sociedad. Los mercados populares y los puestos de venta pirata proveen los bienes necesarios o deseados en porcentajes más altos que las tiendas formales y los centros comerciales. El avance de la piratería es mundial, pero los países latinoamericanos no ocupan una posición discreta. Después de China y Rusia, México es el tercer mercado de películas copiadas ilegalmente, que abarca 90% del material circulante en el país. En música, México está entre los 20 países con mayor índice de consumo ilegal: se descargan de Internet 615 millones de canciones al año. No quisiera que se interpretaran sino descriptivamente estas cifras que estoy dando; no estoy haciendo un juicio moral sobre la piratería.

¿Qué sucede con la modernización de las interacciones entre jóvenes y entre hombres y mujeres? Según la *Encuesta nacional de juventud 2005*, la mayoría de los jóvenes mexicanos (57%) eligen el método anticonceptivo de acuerdo con su pareja y disponen de información sobre enfermedades sexuales. Los varones muestran alto reconocimiento de los derechos de las mujeres y rechazan la violencia contra ellas, sobre todo los más jóvenes (de 12 a 14 años). En este sentido, comparando la *Encuesta nacional de la juventud* de 2005 con la de 2000, se nota un avance en el reconocimiento de los varones respecto de los derechos de las mujeres y una mayor horizontalidad, es decir, una mayor reciprocidad en las relaciones. Por otra parte, cuando se les preguntó en la encuesta de 2005 cómo encaran o podrían encarar las violaciones, en caso de que se vieran confrontados, la gran mayoría propone hacer justicia por propia mano, lo cual indica una deslegitimación de los organismos públicos, modernización de las costumbres y los derechos y, al mismo tiempo, desconfianza hacia las ineficientes instituciones representativas de la modernidad.

Uno de los signos que suele asociarse a la modernización es el uso de medios tecnológicos avanzados: la computadora, la Internet, el celular, el reproductor de mp3, los videojuegos y últimamente el *iphone*, pero éste no existía cuando se levantó la encuesta en 2005. Estos recursos están incorporados a los hábitos de gran número de los jóvenes. En el momento de la encuesta, formaban parte de los hábitos de 50% de la población juvenil de los sectores populares, y de alrededor de 80% de los estratos medios y altos. Los jóvenes con menos recursos económicos también están familiarizados con las tecnologías digitales a través de los cibercafés, la escuela y la sociabilidad generacional.

Es interesante la comparación entre quienes dicen que saben usar los medios informáticos, que son más del doble de los que los tienen; es decir, según la misma encuesta, sólo 32.2% de los hombres poseen computadora, en comparación con 74% que saben manejarla. La relación en las mujeres es de 34 y 65%, respec-

tivamente. En cuanto a la Internet, cuentan con el servicio en la casa 23% de los varones, en tanto que 65% lo utilizan. Entre las mujeres, la distancia entre estas proporciones es mayor, con 16.8 y 65.9%, respectivamente. Por tanto, el acceso es menos desigual que la posesión del equipamiento tecnológico. No obstante las investigaciones sobre los comportamientos culturales del sector más capacitado, los estudiantes universitarios revelan que tener computadora e Internet en casa favorece una utilización más fluida e intensiva de estos recursos tecnológicos. La desigualdad no depende únicamente del acceso familiar y constante, sino del capital cultural proporcionado por la familia y la escuela según el nivel económico. El equipamiento propio está ligado a destrezas y conocimiento, manejo tecnológico y del inglés, necesarios para emplear, de manera más productiva y diversificada, tales recursos.

En este punto quisiera hacer una leve desviación para comentar una pequeña investigación que hicimos en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), unidad Iztapalapa, a propósito de este tema tan mencionado muchas veces no sólo en las universidades mexicanas, de que los estudiantes cada vez leen menos o que, si lo hacen, leen o estudian en fotocopias y, últimamente, incluso en la pantalla de la computadora o a veces descargando directamente información de Internet, la que además pueden llegar a entregar al profesor como monografías sin siquiera haberlas leído.

¿Qué está sucediendo con la lectura en el mundo contemporáneo? Hoy leía en el periódico *Reforma* una información proporcionada por algunos funcionarios de Conaculta acerca de que en el *Censo general de población y vivienda* del año 2010 se incluiría por primera vez una sección de preguntas sobre la lectura. Vamos a ver cómo se hace, porque algunos de los que trabajábamos en la *Encuesta nacional de lectura* (Conaculta, 2006), observábamos que arrojaba una información muy interesante; por ejemplo, que sólo aproximadamente 60% de la población había leído libros en los últimos años, y que quienes lo habían hecho decían leer, en promedio, 2.9

libros al año, y muy pocas revistas y lecturas en papel. Al preguntar sobre el equipamiento doméstico, la propia encuesta registraba que había ya muchas computadoras en México; sin embargo, no se interrogó a los entrevistados sobre los hábitos de lectura en Internet, como si esto no fuera una parte ya muy incorporada a nuestra vida cotidiana, y como si eso no fuera lectura; como si leer fuera sólo la lectura de libros, revistas o historietas, que es hasta lo que llegó la *Encuesta nacional de lectura*.

Sobre la base de este tipo de preguntas que suscitaba esta encuesta, a mí se me ocurrió levantar una pequeña encuesta entre profesores del Departamento de Antropología de la UAM, unidad Iztapalapa, y entre algunos otros investigadores de México y de otros países, diríamos, amigos del departamento con los que hemos tenido relación, y que son profesores en otras universidades. Los resultados fueron muy interesantes. Planteamos varias preguntas con el propósito de ver qué había cambiado. Incluso yo hice esto con la finalidad de impartir una conferencia que me habían pedido en el departamento, en un acto que se organizó para celebrar los 15 años del posgrado en antropología. Entonces, la primera pregunta que se me ocurrió fue: ¿leíamos de una manera distinta hace 15 años respecto de ahora?; ¿leían de otra manera los profesores?; ¿leían de otra manera los alumnos que teníamos hace 15 años respecto de los que tenemos hoy en el posgrado? Todas las respuestas que recibí de los profesores coincidieron en señalar contrastes entre las dos épocas. Los profesores de la UAM lo atribuyeron a que la procedencia rural o suburbana de los estudiantes que llegaban a las licenciaturas era mayor en el pasado que ahora; a la deficiente formación de las escuelas secundarias y preparatorias y al impacto de las fotocopias e Internet, que favorecen la lectura fragmentaria. Sin embargo conviene distinguir –decían algunos profesores– entre alumnos que leen textos a conciencia, sea en papel o en pantalla, y otros que navegan por la red más pendientes del uso pragmático para las clases. Una de las profesoras contestó:

> Exponen el texto en la clase apoyándose en [las presentaciones en] Power Point de su propia hechura. No toman nota; copian alguna frase del texto, buscan la foto del autor, de la fachada de la escuela donde hizo sus estudios e ilustran las ideas con imágenes de ballenas en peligro de extinción. Todo se resuelve en pura oralidad. Si falla el equipo no saben qué hacer [...].

Pero la misma profesora ponderó como ejemplo de los que leen con interés personal y consistente, al grupo de estudiantes de antropología de la UAM que producen una revista llamada *Very Collage* o publican en ella. En el consejo editorial, formado por estudiantes, seleccionan razonadamente los materiales, discuten temas académicos, traducen textos y comparten el aprendizaje de herramientas de lectura y escritura. Ya el hecho de que los estudiantes tengan, como en muchas otras universidades, la iniciativa de editar una revista en papel, emite alguna confianza en la cultura letrada. En este aprendizaje horizontal entre los alumnos, el recurso de la búsqueda electrónica va junto con la lectura crítica y la reflexión. La observación de los cambios entre los estudiantes de hace 15 años y los actuales no permite aislar el factor tecnológico ni su efecto en la lectura. También se diferencian en que antes casi todas sus referencias eran televisivas, en tanto que los estudiantes actuales van con frecuencia al cine o ven películas en versión pirata. Algunos traen computadoras a clases y descargan textos e imágenes. Dice textualmente la misma profesora:

> Su referencia se ha multiplicado [...] No obstante, me sigue constando que leen; dan mucha más atención a las imágenes que a los contenidos, y como están influenciados por la publicidad, sus presentaciones de Power Point me recuerdan, en no pocas ocasiones, páginas de anuncios por el tipo de fotos que utilizan o la manera de redactar.

No se trata sólo de la oposición entre lectores y no lectores, sino de cómo se llega a la lectura y se le practica en un sistema educativo que siempre tuvo dificultades para asumir los desafíos de los medios audiovisuales y electrónicos. Muchos estudiantes universitarios pasan de televidentes a lectoescritores; otros, de no lectores a internautas. Entre tanto, las escuelas primarias y secundarias, donde los maestros identificaban la cultura con los libros –y todavía unos lo siguen haciendo–, nunca enseñaron a ver cine ni televisión, salvo en países excepcionales como Francia, donde el cine forma parte ordinaria del currículo escolar desde la primaria. Esos maestros han juzgado las pantallas como enemigas del aprendizaje. Un día vieron llegar las computadoras, en las que coexisten lo escrito, lo audiovisual y lo digital. Las máquinas ofrecen textos e imágenes integrados formalmente, pero pocos alumnos aprendieron a vincularlos conceptualmente y desarrollaron una capacidad de síntesis que sólo pueden aportar los sujetos que usan las computadoras. Dejo aquí estas reflexiones para ir a unas cuestiones un poco más conceptuales y referidas no solamente a los estudiantes universitarios sino a la situación general de la juventud.

Quiero mencionar otros cambios en el consumo y los intercambios sociales. El creciente poder de los aparatos audiovisuales y electrónicos está modificando los modos de distinción socioeconómica y cultural entre los jóvenes, que ya no dependen tanto del capital familiar para distinguirse ni de la calidad de la vivienda y el barrio donde viven. El universo cultural de los adolescentes y jóvenes ha pasado del comedor o la sala a la habitación personal en los sectores medios y altos. Como dice la investigadora argentina Roxana Murduchowicz, se transformaron los vínculos familiares y la propiedad de los medios; dejaron de ser medios de la familia –como la televisión de la familia– y pasaron a ser el televisor o el teléfono móvil de la hija menor, del hijo, de la madre o el padre, dado que esta posesión personalizada, cuando se trata de aparatos portátiles como los celulares o *ipod*, permite

trasladar los signos de distinción a las interacciones públicas o entre amigos. Así, el equipamiento individual se vuelve un recurso de accesos personalizados a la información y el entretenimiento, y un marcador de clase que cada uno lleva consigo a múltiples escenarios.

También se reestructuran los modos de diferenciarse entre generaciones, distintos niveles sociales y entre hombres y mujeres. Tres datos: 80% de la población mexicana vive sin Internet; del total de cibernautas, 50% son hombres y, de ese universo, la mitad tiene entre 19 y 34 años. Es este sector de jóvenes de clase media y alta el que goza de mayor autonomía personal, accesos intensos y flexibles a información y entretenimiento más diversificado, interactividad mediática y posibilidad de independizarse de los mayores. Leí en una investigación española que en la década de los ochenta los padres controlaban 90% del ocio de sus hijos; ahora no saben qué hacen los hijos la mayor parte del tiempo. O si quieren una referencia de otro tipo, en la serie *Los Simpson*, Homero dice que lo bueno de Internet es que con éste ahora no es necesario educar a los hijos. Quizá el uso de las nuevas tecnologías sea el resorte emancipador de los jóvenes. Antes se emancipaban a través del trabajo, el estudio y el matrimonio; ahora, las vías preferentes son la conectividad y el consumo. Estos nuevos medios de independencia de la familia no sustituyen siempre a los anteriores; con frecuencia se articulan con ellos y anticipan, desde la primera adolescencia, un horizonte ajeno a los padres. También crean un mundo más vasto y desigual donde se multiplican las sujeciones y nuevas dependencias, desde las adicciones a las tecnologías comunicacionales o a las drogas, a la satisfacción informal o ilegal de las necesidades, que no pocas veces implican someterse a redes y autoridades mafiosas.

Las nuevas generaciones muestran exacerbadas tendencias de las sociedades actuales: aumento de la información y las interacciones con baja integración social, aceleración de los cambios con empobrecimiento de las perspectivas históricas respecto del

pasado y el futuro, así como combinación contradictoria de los recursos formales e informales para satisfacer necesidades y deseos a escala individual o grupal. Es coherente, con estas condiciones, que disminuya el papel de la institucionalidad que organizó la primera modernidad, como las escuelas, los partidos políticos, la organización legal y la continuidad del espacio público, y todo eso se reduce en beneficio de los arreglos transitorios, la apropiación flexible de recursos heterogéneos del mercado laboral y el consumo. Las decisiones más importantes –elecciones de trabajo, residencia y gobernantes– se toman valorando más las expectativas a corto plazo que la estabilidad y el orden.

¿Qué valoración final podemos hacer entonces sobre esta condición juvenil contemporánea? En el libro panorámico que ya cité –*La situación de los jóvenes en México*, donde participan cerca de 15 autores– se analiza a los jóvenes principalmente en dos registros: como víctimas o como agentes de resistencia. Por una parte, algunos estudios los describen como víctimas de la desigualdad, la discriminación, la inseguridad, la violencia social, el estrechamiento de los mercados laborales y la incapacidad del sistema escolar para comprender las culturas juveniles. Da evidencias, este libro, de que los jóvenes constituyen uno de los sectores más afectados por la crisis económica iniciada en los años ochenta por el debilitamiento del Estado y la precarización consiguiente. Uno de los autores –Fernando Nateras– los muestra como destinatarios preferentes del dolor social (en términos de las teorías sociológicas), como excluidos o segregados. Pero varios textos rescatan, al mismo tiempo, la capacidad de resistencia de algunos sectores juveniles y se detienen en las acciones de algunos conjuntos de pequeños grupos. Otro mérito de este libro es que dedica muchas páginas a las experiencias subjetivas y relaciones de los jóvenes con sus cuerpos. Cabe destacar, por ejemplo, el análisis de dos autoras sobre los estilos de amar y el papel creativo e innovador de los jóvenes no como actores políticos o rebeldes rompedores, sino como generadores de una nueva cultura afecti-

va; sin embargo, este *alti* o texto de María Marta Coliñón y Seida Rodríguez termina hablando del desempoderamiento juvenil. Las generaciones más recientes se desafilian o nunca quisieron afiliarse. Dicen textualmente:

> pasaron de ser los actores protagónicos de la sociedad moderna a ser sujetos de segundas clases, preciudadanos. Las recientes tecnologías de información llevan a casi todos lo que es necesario saber para participar, pero crece el número de los jóvenes que prefiere ejercer su mayor capacidad de decisión en lo privado. Los afectos tienen la posibilidad de manifestarse a través de usos más libres y mejor informados de la sexualidad, pero la sexualidad se independiza de los afectos y a su vez éstos se visualizan y se diversifican. Las personas se encuentran cada vez más desligadas de las instituciones tradicionales.

En síntesis, el libro muestra a los jóvenes como excluidos, resistentes o más bien indiferentes.

Estamos en un tiempo en el que sería posible, a partir de un conocimiento mejor distribuido, trabajar con mejor lucidez para lograr transformaciones estructurales, pero los jóvenes se repliegan en lo microsocial o lo íntimo –por lo menos la mayoría–. Una vez más recordemos que no es pertinente generalizar; tal descripción corresponde a amplios sectores, pero para precisar el alcance de esta visión necesitamos estudios sobre los jóvenes de clases altas y medias que quieran integrarse. La precisión de este alcance se logra apenas en unas pocas páginas del citado libro, cuya manera de documentar las condiciones de los jóvenes en México es muy generalizada, y casi ninguna publicación científica nacional se especializa en los jóvenes que tienen empleo y buen salario, que completaron su educación incluso con posgrados y lograron transitar de la familia de origen a la escuela, al trabajo, a una nueva estructura familiar integrada por ellos mismos, quizá con algún

divorcio pero sin perder seguridades básicas. Es cierto que la precomposición neoliberal redujo el porcentaje de quienes desarrollan itinerarios de inclusión, pero una visión integral de lo que la juventud significa como anticipo del México próximo requiere abarcar todas las clases sociales y las relaciones entre ellas, aun aquéllas que por no ser sólo de segregación y discriminación hacen posible nuestra muy deficiente reproducción como sociedad. Tal vez tengamos que ir un poco más lejos, ya que estos análisis sobre la condición de los jóvenes exigen pensar.

Si me permiten una reflexión final un poco más teórica: ¿cómo se desconstruyen hoy el antagonismo, la inclusión y la exclusión? Este modo binario de concebir la estructuración social es particularmente útil para comprender el doble protagonismo de los jóvenes en el presente mexicano. ¿Por qué doble protagonismo? Porque los jóvenes desempeñan, más que en cualquier tiempo anterior, lugares decisivos tanto en la reproducción como en la desintegración social. ¿Cómo se plantean hoy en la sociedad mexicana –a partir de lo que revela la condición juvenil– la integración y la desintegración social, la inclusión y la exclusión? Suele analizarse la inclusión como lo bueno, aquello a lo cual se debe aspirar, y la exclusión, como lo reprobable; se valoran las políticas sociales y culturales por sus logros incluyentes, y la inclusión se considera plena cuando se manifiesta a través de la participación creciente en las instituciones y en el ejercicio de la ciudadanía. ¿Desde cuándo se instaló esta inclusión como sentido común? No siempre en la historia las políticas buscaron la inclusión de todos, ni en la actualidad predominan este tipo de propuestas. Por otro lado, la observación de los comportamientos en las sociedades contemporáneas revelan que muchos sectores, entre ellos los jóvenes, no quieren ser incluidos o al menos no ven en la inclusión plena en la sociedad el mayor valor. En realidad, la búsqueda de inclusión plena es un objetivo de un periodo corto, podemos decir, del siglo XVIII a mediados del XX –lo que Ulrich Beck llama la primera modernidad–, cuando se postuló que la

modernización científica y tecnológica, la industrialización y la expansión de los servicios, la vivienda, la educación y la atención de la salud para todos eran tareas por fin realizables. Se imaginó también que esto era lo que todos deseaban, y se asignó al estado de bienestar la tarea de incluir a todos en esos beneficios; sin embargo, hay otros reclamos de las nuevas generaciones, que han tenido como objetivo la inclusión no tanto en una modernidad idéntica para todos sino, por ejemplo, como la petición de que se acepten las diferencias; no ser incluido en una sociedad homogeneizadora sino en una sociedad capaz de reconocer que hay muchas maneras de ser joven, de ser mexicano y de pertenecer.

Pero también es cierto que en este proceso de descomposición, de desintegración que ha generado el neoliberalismo, por decirlo de una manera rápida, muchos jóvenes encuentran difícil integrarse a través de los canales formales de la sociedad y buscan otras maneras de pertenecer, no en la inclusión de las mayorías sino en otras redes, de manera distinta. Podríamos sostener que el no deseo de ser incluido es, hasta cierto punto, un acto de lucidez y realismo social. Aunque los jóvenes no conozcan las estadísticas de *Jóvenes mexicanos. Encuesta nacional de juventud 2005*, saben que el desarrollo oficial o legal de su país ha vuelto más educados a los jóvenes pero más desempleados. El Estado da más información y conexiones, pero menos oportunidades de convertirlas en poder.

Un sociólogo chileno que ha trabajado sobre la juventud en América Latina, Martín Hopergai, llama a este desfase una brecha de expectativas, es decir, una simetría entre capacidades y oportunidades, entre aspiraciones y logros. Basta uno de los ejemplos que proporciona este investigador, quien afirma que la juventud goza de más educación y menos acceso a empleo que la población adulta. Ostenta más años de escolaridad formal que las generaciones precedentes, pero al mismo tiempo duplica o triplica el índice de desempleo respecto de aquéllas. En otras palabras, están más incorporados en los procesos de adquisición de conocimientos y

formación de capital humano, pero más excluidos de los espacios en que este capital se ejerce; a saber, el mundo laboral y la fuente de ingresos para el bienestar propio.

De manera que podríamos concluir que el antagonismo entre inclusión y exclusión y la formación de subjetividades que deseaban ser incluidas son vistos por muchos jóvenes como relatos de un tiempo en el que se decía que había naciones, Estados-naciones y estructuras abarcadoras para todos. Sin embargo, en un mundo donde los grandes relatos se descompusieron, las estructuras que los sostenían se reorganizaron como redes transestructurales y multilocalizadas. A partir de estas experiencias, muchos jóvenes se comportan de modos más diversificados y flexibles; algunos son incluidos o lo buscan; muchos más son incluidos parcialmente y, en otras zonas, expulsados, y un vasto conglomerado explora formas no tradicionales de pertenencia e interconexión.

El reencantamiento del mundo

Michel Maffesoli

En esta conferencia voy a exponer las líneas de aquello que está a punto de nacer en nuestra sociedad, a propósito de lo que se llama *posmodernidad naciente*, que presenta toda una serie de índices inquietantes y, al mismo tiempo, la emergencia de valores verdaderamente apasionantes, con un presupuesto de que siempre existen las ideas que mueven al mundo y que, al mismo tiempo, lo propio de estas ideas es que justamente no son eternas.

Así, cuando uno observa la larga relación de las historias humanas, nos damos cuenta de que evidentemente hay ciclos y cambios de ciclos. Es eso que con frecuencia llamamos *crisis*, la crisis no solamente económica ni simplemente cultural. La crisis puede llegar en una carrera humana, por supuesto, pero puede haber también una crisis que concierne a los grandes valores sociales. Es eso, para mí, lo que nos está llegando, si uno no toma este término en un sentido peyorativo. Pero ya visto en situaciones de este orden, es verdaderamente una decadencia, que significa que alguna cosa está a punto de caer, y cada vez que una cosa cae se ven, al mismo tiempo, nuevas ideas que renacen y resurgen. Entonces, los dos o tres ciclos que acaban de pasar, los grandes valores que habían constituido la modernidad: la importancia de la razón, el sentido de la historia y el mito del progreso están a punto de caer, y hay que darse cuenta de ello. Es eso lo que voy a tratar de hacer. Pero ¿cuáles serían actualmente los valores alternativos?

El sociólogo profético de esta posmodernidad naciente, Siemens, hablaba de manera romántica de la necesidad de investigar la calidad del rey clandestino de una época; es decir, siempre existe o hay un rey aparente y, de una manera subterránea, existe un rey alternativo que Siemens llama el rey clandestino, eso que uno podría llamar una sociedad oficiosa al lado de una sociedad oficial, y cada vez que suceden los grandes cambios de valores, el individuo experimenta exactamente el mismo proceso que está por operarse. Algo parece dominar y, por lo tanto, de una manera secreta, otros valores surgen subterráneamente como una especie de sociedad clandestina. Entonces, ¿cuáles serían estos grandes valores? Vamos a mencionar cuatro importantes. Para decirlo de una manera muy simple, evidentemente, ya no es el trabajo o valor-trabajo el elemento importante.

Con la expresión valor-trabajo, Carl Marx definía, en particular, la gran característica de la sociedad del siglo XIX. Yo diría que este valor-trabajo ha dominado y ha sido el valor oficial, pero veo renacer más bien, como valor alternativo, la creación. Esto se puede decir de diferentes maneras; pero el retorno de la creatividad –hacer salir una obra de arte– es una expresión de Friedrich Nietzsche que muestra muy bien cómo uno reutiliza parámetros y elementos que la sociedad burguesa había dejado de lado y que están a punto de revenir en el centro mismo de la existencia. Estos parámetros son los juegos, la dimensión lúdica de la existencia y todos los aspectos del sueño colectivo. Entonces, hay grandes momentos en las historias humanas en las que el juego, el sueño, lo imaginario, desempeñan un papel no simplemente en la vida privada sino también en la vida colectiva. El Renacimiento, por ejemplo, justo después de la Edad Media, era uno de esos momentos, y uno recuerda la importancia de la civilización que a partir de él se ha generado. Este retorno de la idea de la creatividad se difunde en la vida cotidiana. La creatividad es la palabra central de lo que se va a desarrollar, una palabra, al mismo tiempo, sabia y simple, cargada de un *hedonismo social*, es

decir, el placer de ser, el placer de vivir. Cuando está el hedonismo en el espíritu del tiempo no es, en lo absoluto, una dimensión en lo individual sino más bien una característica colectiva que va a dominar en el espíritu. He aquí el primer punto, caída del gran valor-trabajo y, al mismo tiempo, este engrandecimiento de la existencia que va a operarse en esta creatividad que toma formas muy diversas. Cuando Friedrich Nietzsche insistía en esta dimensión: hacer de su vida una obra de arte, él mostraba que esta creatividad hacía que la cultura no fuera reductible a las grandes obras habitualmente consideradas como "culturales", sino que se extendiera en todos los pequeños actos de la vida cotidiana.

La segunda gran característica que parece que se desarrolla es lo opuesto de aquello que ha marcado bien la modernidad. Con esto me refiero al racionalismo, y les recuerdo que esta era la gran idea de Max Weber, la famosa racionalización generalizada de la existencia; es decir, toda la vida social estaba marcada por la razón dominante. Lo que parece sorprendente es el retorno del cuerpo en su totalidad; quiero decir con esto, el juego de las apariencias. No es la primera vez que esto se manifiesta; en la vida social hay muchos otros momentos históricos. Por ejemplo, el resurgimiento de la importancia que se le da a la teatralidad corporal. Esta metáfora que utilizaba el sociólogo Emile Durkheim se convierte en una verdadera realidad. Con esto me refiero al cuerpo social, que no es simplemente una manera metafórica de hablar de la vida social sino una verdadera realidad en el sentido de una valorización del cuerpo. Doy tres ilustraciones de este corporeísmo:

1. La importancia de la moda en nuestra sociedad justo hasta el siglo XIX, cuando la moda era algo marginal –al menos, cuando uno estaba en la vida privada– o una característica de la femineidad. Hoy es interesante ver cómo en revistas y almacenes de tiendas esta moda está en vías de contaminar este cuerpo social. Incluso George Zimmer ha hablado de convertirse en la moda del mundo. La moda contamina el conjunto de

características de la vida social y aquí una manifestación de esta valorización del cuerpo.

2. Otro parámetro importante es el desarrollo de la dietética, que muestra bien que el cuerpo ya no es simplemente un instrumento que el individuo puede utilizar, un cuerpo que sería justamente aquello que Michel Foucault llamaba *el cuerpo productivo* o *el cuerpo reproductivo*. Aún más, el cuerpo del que uno cuida y que se inscribe en una reversibilidad de la naturaleza. Esta dietética, que hay que entender aquí de manera metafórica, muestra bien que el cuerpo individual y el colectivo se vuelven un cuerpo amoroso vivido por él mismo, del cual uno cuida. Es eso la dietética. Y una vez más, en lo que concierne a la moda, las tiendas y las revistas muestran bien el desarrollo de este cuidar del cuerpo, que se expande de más en más en la vida social.
3. El tercer parámetro, el cuerpo que uno construye, la multiplicación de salas para hacer ejercicio de *fitness*, la importancia del deporte y todos los servicios que se otorgan al cuerpo muestran bien, como en otras épocas, que simplemente ya no hay más esta instrumentalización del cuerpo –y digo bien, el cuerpo-instrumento–, sino más bien hablamos de un cuerpo que uno va a construir y al cual va a prestar atención, de manera tal que sea visto por los otros. Noten entonces la importancia de esta construcción del cuerpo, que hace que cada uno de nosotros exista bajo la mirada y por la mirada del otro, y recuerdo que esta mirada del otro ha constituido igualmente, en otras épocas, un centro importante.

En cuanto a la tercera gran característica, la palabra clave es un poco más delicada. Yo diría que es una estetización de la existencia. Hago una pequeña precisión semántica de la palabra *estética*. Desde la antigüedad griega hasta el comienzo del siglo XIX, se llamaba estética (del griego *aistesis*) al hecho de sentir colectivamente emociones y pasiones; es decir, uno había probado estas emociones de manera colectiva frente a una estatua, un cuadro,

un templo, o al escuchar música, y es eso lo que era la estética: la emoción común. Entonces había algo que daba un aspecto dinámico a la estética. En el siglo XIX se comenzó a llamar estético al objeto sobre el cual se portaba la emoción: la estatua, el templo, el cuadro, etcétera, de tal manera que había, de repente, una dimensión estática de la estética.

Cuando hablo de la estetización de la existencia quiero regresar a la vieja etimología, es decir, mostrar cómo nuestras sociedades son una sucesión de momentos en los que se siente una emoción colectiva. La actualidad no es avara en la cantidad de ejemplos; las emociones musicales son uno de ellos y, en este sentido, la actualidad va a ser puntuada por estos grandes momentos musicales, y es a lo que llamó alocamientos musicales, que no son una simple marginalidad sino que se convierten en una realidad casi cotidiana. No conozco lo suficientemente bien México para hablar sobre esto, pero veo cómo en todos los países de Europa se desarrollan estos grandes agrupamientos musicales y cómo son una de las grandes preocupaciones de la juventud.

De la misma forma, esta estetización va a explicarse en las grandes concurrencias deportivas. Esos movimientos deportivos van a marginalizar todos los otros aspectos de la vida social. Un gran encuentro de futbol, un gran entrenamiento de tenis, por ejemplo, van a *segundarizar* totalmente algo en la sociedad, volver algo de segunda importancia –una manifestación política o una preocupación económica–. Es eso lo que llamo estetización deportiva.

Igualmente –lo que podría parecer más paradójico–, esta estetización va a explicarse a través de los grandes agrupamientos religiosos. Por ejemplo, uno ve en numerosos países cómo esta histeria religiosa de todos estos agrupamientos mueve a la gente a vibrar conjuntamente. Y esta aglomeración religiosa no vale por el contenido de lo que se recuenta sino solamente porque uno va para estar junto con el otro; hay una vibración común, y yo diría que este término de la vibración es la característica de los tres elementos que acabo de indicar: música, deporte y religión.

El término sabio que es propuesto por ciertos sociólogos es la sintonía. La deidad de la sintonía es, una vez más, el hecho de agruparse sin importar el motivo para que haya esta vibración. Incluso, un elemento aparentemente muy funcional, la consumación, muestra que los grandes centros comerciales no son reductibles a la simple funcionalidad, sino que uno va a encontrarse ahí para vibrar con el otro, para tocar al otro, para estar junto con el otro, y es eso a lo que llamo *estética en breve*, algo que no es reductible a la simple utilidad; y es eso a lo que también denomino *utilitarismo*, que había caracterizado a la sociedad moderna. En ese entorno, de manera difusa, uno ve bien cómo se desarrolla lo que podría llamarse el precio de las cosas sin precio. Tan paradójico como eso puede parecer esta inutilidad que, de manera muy frecuente y secreta, constituye el corazón de una sociedad. Una palabra que para mí es muy instructiva tiene que ver con aquellas sociedades que uno llama sociedades en crisis, donde vemos que se desarrolla todo eso que es muy de lujo. El origen de esta palabra –*luxus*, lo que es luxar, luxado, la luxación de un hombro hombre– es algo que no funciona. El fundamento, entonces, de la idea de lujo es aquello que no es funcional, que no sirve ni puede servir en nada. Yo encuentro eso simbólicamente muy interesante; ver cómo, de forma inminente, este lujo está por regresar al corazón mismo de la sociedad.

El último parámetro de esta estetización –y pienso que ahí estamos en el comienzo de este proceso– es el desarrollo de cierta religiosidad en la sociedad. Y digo bien: religiosidad. No son las instituciones religiosas en el sentido estricto, sino la difusión de diversos sincretismos religiosos provenientes del Oriente, de culturas indígenas y africanas y, de forma evidente, de Europa; pero esta religiosidad, que no es simplemente un cuerpo de doctrina como uno puede verlo en las grandes instituciones religiosas, descansa esencialmente sobre el placer de estar juntos. Una vez más se encuentra la etimología misma de la palabra *religión* –relegar, estar reunido con el otro–, que me parece que se encuentra en el

corazón de este desarrollo, y he ahí las tres grandes características en gestación: la dimensión creativa, el corporeísmo y la estetización. Alrededor de estas tres palabras clave hay una evidente multiplicidad de prácticas. Estas tres características esenciales de una época se agrandan y toman el lugar de lo que habían sido los principales valores característicos de la modernidad: el trabajo, la razón y la utilidad. Digo bien, agrandar nuestras dimensiones, lo que de alguna manera entra en la incertidumbre del ser individual y el ser colectivo.

En lo que descansa este conjunto es el presenteísmo. Hacemos mal, desde los puntos de vista teórico e institucional, en tomar seriamente esta temporalidad. Es interesante ver cómo regresan al presente estos valores que han caracterizado el apogeo de la civilización romana. Es lo que se explicaba a través de la fórmula *carpe diem*: gozar el presente. En cada uno de estos casos que he indicado, el goce ya no se proyecta hacia el futuro: es repatriado al presente, al instante. Es lo que llamo el instante eterno; no una eternidad lejana que uno esperará o alcanzará más tarde, sino un instante que de alguna manera cristaliza esta eternidad. Nunca he entendido lo que quiere decir la palabra *ahorita*, pero tengo la impresión de que este ahorita es eso: el instante eterno; podría ser dentro de una hora, un minuto, un siglo o nunca. Eso es, en el fondo, lo que he creído entender del ahorita.

Este presenteísmo es una especie de negación del futuro, o más bien, al contrario, una cristalización de aquello que vivo con el otro, y creo que justamente este presenteísmo es la gran marca de la posmodernidad. Por eso México sería el laboratorio de la posmodernidad. He ahí las grandes características: es a la vez lo que se logra y lo que renace a partir de eso que se logra; una cultura de sentimiento; el desarrollo de una cultura comunicacional; algo que de manera muy evidente vuelve a otorgar la importancia a aquello que uno había olvidado; en todo caso, aquello que la sociedad moderna había olvidado o había dejado de lado: toda la dimensión emocional de la existencia. Y preciso que este

término emocional no es una simple característica psicológica, una cosa que sería, por ejemplo, motivar lo emocional, tal como habla Max Weber; es –haciendo una imagen en términos de climatología– para describir un ambiente, una atmósfera en la que uno se baña; un clima que hace lo que uno es, y yo diría que esta dimensión emocional, para bien o mal, va a desarrollarse de más en más en nuestra sociedad.

Eso es lo que me haría hablar del surgimiento progresivo de una ética de la estética que reemplazará la moral-política. La moral es aquello que es general, aquello que es aplicable a todos los lugares y tiempos, y esta gran idea moral ha surgido a partir del siglo XVIII. De esta manera, la concepción moral del mundo ha sido conjuntada con lo político, y me parece que lo que está en juego a través de los elementos que he indicado es lo que llamé la ética de la estética, que es, de cierta manera, un cimiento a partir de estas emociones colectivas. En tanto que la moral es general, la ética es específica. La moral va a aplicarse a la organización política del mundo; la ética, por el contrario, va a prevalecer en las diversas tribus del planeta. He ahí el camino que propongo para su reflexión. En tanto que a partir del siglo XVII la gran racionalización había desembocado en este desencantamiento del mundo, por el contrario, el retorno de las emociones de la vida colectiva va a participar en eso que he convenido en llamar el *reencantamiento del mundo.*

Termino parafraseando a Walter Benjamín: cada época sueña la siguiente y es muy evidente que se debe saber acompañar este sueño de manera tal que no se convierta en una pesadilla. Este es un orden en el que uno debe evitar que las pesadillas invadan la posmodernidad naciente. Hay que saber acompañar estos sueños colectivos.

Autores

Néstor García Canclini (Argentina, 1939)

Es doctor en filosofía por las universidades de París y de La Plata. Ha sido profesor de las universidades de Austin, Duke, Stanford, Barcelona, Buenos Aires y São Paulo. Obtuvo la beca Guggenheim, el Premio Ensayo Casa de las Américas en reconocimiento a Culturas Populares en el Capitalismo, y el Book Award de la Asociación de Estudios Latinoamericanos por el libro *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Otros de sus trabajos destacados son *Consumidores y ciudadanos*, *La globalización imaginada* y *Diferentes, desiguales y desconectados: Mapas de la interculturalidad*. En la actualidad enfoca su investigación en las relaciones entre estética, arte, antropología, estrategias creativas y redes culturales de los jóvenes. Ha publicado *La sociedad sin relato. Antropología y estética de la inminencia* (Katz, 2010; en portugués, Edusp, 2011; en inglés, Duke, 2014). También coordinó los libros colectivos *Cultura y desarrollo: Una visión crítica de los jóvenes* (Paidós, 2012), *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales* (Ariel/Fundación Telefónica/UAM, 2012) y *Jóvenes creativos: Estrategias y redes culturales* (Fonca/UAM/Juan Pablos, 2013).

Marc Augé (Francia, 1935)

Antropólogo con fuerte presencia en América Latina. Profesor de antropología y etnología, ha sido director de estudios del Office de la Recherche Scientifique et Technique Outre-Mer (ORSTOM) –actual Institut de Recherche pour le Développement (IRD)– y de

L'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), (1985-1995), donde desarrolló misiones en diversos países africanos, entre ellos Costa de Marfil y Togo. Autor de numerosos libros, como *Théorie des pouvoirs et idéologie* (1975), *Symbole, fonction, histoire* (1979), *Un ethnologue dans le métro* (1986), *Non-Lieux* (1992), *Le sens des autres* (1994), *Pour une anthropologie des mondes contemporains* (1994), *Fictions fin de siècle* (2000), *Les formes de l'oubli* (2001), *Le temps en ruine* (2003), *Pourquoi vivons-nous* (2003), *Eloge de la bicyclette* (2008) y *Le Métro revisité* (2008).

Entre las traducciones en lengua española: *El genio del paganismo* (1982), *Travesía por los jardines de Luxemburgo* (1985), *El viajero subterráneo. Un etnólogo en el metro* (1986), *Dios como objeto* (1988), *Los no lugares. Espacios del anonimato* (1992), *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos* (1994), *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes* (1997), *La guerra de los sueños* (1998), *Las formas del olvido* (1998), *El tiempo en ruinas* (2003), *Casablanca* (2008) y *Elogio de la bicicleta* (2009).

Michel Maffesoli (Francia, 1944)

Doctor en sociología y en artes y humanidades. Ha integrado la influencia de la dinámica popular de su pueblo natal con la herencia espiritual de Bachelard y un tanto de Bergson. Su pensamiento se ha visto influido por la filosofía alemana, particularmente por la de Nietzsche, Heidegger, Marx y Simmel, y de manera más coyuntural estuvo asociado en su formación universitaria a los situacionistas y anarquistas de los años sesenta. Titular en la Sorbona de la cátedra Durkheim desde 1981, fundó, junto con Georges Balandier, en la Université Paris Descartes, el Centre d'Études sur l'Actuel et le Quotidien (CEAQ). En 1990 le fue otorgado el Premio de Ensayo André Gautier por su obra *En el crisol de las apariencias*, y en 1992 obtuvo el Premio de las Ciencias Humanas de la Academia Francesa por *La transformación de lo político*. Fue director de la revista internacional de ciencias hu-

manas y sociales *Sociétés*, vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología y secretario general del Centre de Recherche sur l'Imaginaire. A través de una reflexión sobre la dimensión empírica de la vida cotidiana, el autor ha abordado cuestiones tan banales –pero no menos influyentes– como la razón sensible, el conocimiento ordinario, lo orgiástico de la vida, el instante eterno, el nomadismo, la dinámica de las tribus, la ética de la estética, la lógica de la dominación, la sociología del mal y el posmodernismo.

Gilberto Giménez (México)

Doctor en sociología por la Université Sorbonne Nouvelle-Paris 3, licenciado en ciencias sociales por el Instituto de Scienze Sociali de la Universidad Gregoriana de Roma, y licenciado en filosofía por la Universidad de Comillas, España. Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales y profesor en la División de Estudios de Posgrado de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel 3; de la Asociación Mexicana de Semiótica y de la International Communication Association (ICA). Es director y fundador del Seminario Permanente de Cultura y Representaciones Sociales desde 1999, así como director de la revista electrónica *Cultura y Representaciones Sociales*. Es autor de varios libros, entre los que destacan sus más recientes títulos: *Teoría y análisis de la cultura* (en dos tomos), *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales* y *El debate político en México*.

Luis Arturo Ongay Flores (México, 1979)

Es doctor en ciencias sociales por la Universidad Autónoma de Sinaloa, maestro en sociología política por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, y licenciado en administración

pública y ciencia política por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC). Sus trabajos se centran en el binomio globalización y cultura, y sus líneas de investigación son las culturas juveniles y la migración transnacional. Actualmente es investigador y director del Instituto de Investigaciones Culturales-Museo de la UABC e imparte clases en la licenciatura en danza, la maestría en estudios socioculturales y el doctorado en estudios del desarrollo global de la misma institución. Es autor del libro *En busca del* glocalista*: Identidad cultural y estilo de vida de los jóvenes en Tijuana* y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt).

Everardo Garduño (México, 1958)

Doctor y maestro en antropología sociocultural por Arizona State University y sociólogo por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC). Investigador del Instituto de Investigaciones Culturales-Museo de la UABC y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Su actividad profesional se ha desarrollado fundamentalmente en el campo de la investigación etnográfica con comunidades indígenas y campesinas. Sus principales líneas de investigación son los grupos indígenas migrantes y nativos de Baja California, la geografía simbólica, las comunidades campesinas y el movimiento agrario. Entre sus publicaciones se encuentran *Mixtecos en Baja California. El caso de San Quintín*, *Voces y ecos de un desierto fértil*, *En donde se mete el sol. Historia y situación actual de los grupos indígenas montañeses de Baja California*, y su obra más reciente, *De comunidades inventadas a comunidades imaginadas y comunidades invisibles. Movilidad, redes sociales y etnicidad entre los grupos yumanos de Baja California*. Además es coordinador del libro *Cultura, agentes y representaciones sociales en Baja California*.

Este número de *Magistrales* se terminó de imprimir en diciembre de 2013 en los talleres de Impresora San Andrés, S.A. de C.V., Río Mocorito y Vasco de Quiroga núm. 801, colonia Pro-Hogar, Mexicali, Baja California, México. La edición estuvo al cuidado de la Coordinación Editorial del IIC-Museo. El tiraje consta de 500 ejemplares.